



Ariana Harwicz  
**Matáte, amor**

LENGUA  
DE TRAPO

64

ME RECLINÉ SOBRE LA HIERBA entre árboles caídos y el sol que calienta la palma de mi mano me dio la impresión de llevar un cuchillo con el que iba a desangrarme de un corte ágil en la yugular. Detrás, en el decorado de una casa entre decadente y familiar, podía sentir las voces de mi hijo y mi marido. Los dos en cueros. Los dos chapoteando en la pileta de plástico azul, con el agua a treinta y cinco grados. Era un domingo víspera de día feriado.

Estaba a pocos pasos de ellos, oculta entre malezas. Los espiaba. ¿Cómo es que yo, una mujer débil y enfermiza que sueña con un cuchillo en la mano, era la madre y la esposa de esos dos individuos? ¿Qué iba a hacer? Escondí el cuerpo adentrándome en la tierra. No iba a matarlos.

Dejé caer el cuchillo. Fui a colgar la ropa como si nada.

Abroché bien las medias de mi bebé y mi hombre. Los calzoncillos y las camisas. Me miré como una campechana ignorante que cuelga ropa y se seca las manos en la falda cuadrillé antes de entrar en la cocina. No se dieron cuenta.

La colgada de ropa fue un éxito. Volví a recostarme entre troncos. Ya se corta la madera para la próxima temporada. Los hombres acá preparan el invierno como las bestias. Nada nos distingue a unos de otros. Yo misma, letrada y graduada universitaria, soy más bestia que esos zorros desahuciados con la cara teñida de rojo y un palo atravesándoles la boca de par en par. A pocos kilómetros, mi vecino Frank, el primero de siete hermanos, se pegó un tiro de escopeta en el culo la última Navidad.

Linda sorpresita para su tribu de hijos. El tipo siguió la tradición. Suicidio con escopeta para el tatarabuelo, bisabuelo, abuelo y padre, lo menos que se podía decir es que era su turno. El hombre, cliché de la infelicidad humana, les cagó la Navidad a todos, jo jo; los animales, en cambio, se resisten a ser tan inverosímiles. ¿Y yo? Una mujer normal, de una familia normal, pero una excéntrica, desviada, madre de un hijo y con otro, quién sabe a esta altura, en camino. Me metí despacito la mano en la bombacha. Y pensar que yo soy la encargada de velar por la educación de mi hijo. Mi marido me llama para unas cervecitas en la pérgola, pregunta si morocha o rubia y yo quiero primero acabar. Parece que el bebé se cagó y tengo que comprarle la torta de cumple mes. Otras madres seguro que la hacen ellas mismas. Seis meses, me dicen que no es lo mismo que cinco o siete. Cada vez que lo miro recuerdo a mi marido detrás de mí, casi eyaculándome la espalda cuando se le cruzó la idea de darme vuelta y entrar, en el último segundo. Si no hubiera habido ese gesto de darme vuelta, si yo hubiera cerrado las piernas,

si le hubiera agarrado la pija, no tendría que ir a la panadería a comprar la torta de crema o chocolate y las velitas, medio año ya. Las otras al segundo de parir suelen decir ya no imagino mi vida sin él, es como si hubiera estado desde siempre, pfff. ¡Ahí voy, amor! Quiero gritar, pero me hundo más en la tierra agrietada. Quiero gruñir, berrear, y en cambio dejo que los mosquitos me piquen, que se deleiten con mi piel azucarada. El sol me devuelve el reflejo plateado del cuchillo en la mano y me ciega. El cielo está rojo, violeta, tiembla. Oigo que me buscan, el bebé cagado y el marido en cueros. Ma-ma, ta-ta, ca-ca. Es mi bebé que habla, toda la noche. Co-co-na-naba-ba. Ahí están. Dejo el cuchillo en el pastizal quemado, espero que cuando lo encuentre parezca un bisturí, una pluma, un alfiler. Me levanto caldeada y molesta por el hormigueo en la entrepierna. ¿Rubia o morocha?; lo que prefieras, amor. Somos parte de esas parejas que mecanizan la palabra «amor» hasta cuando se detestan; amor, no quiero volverte a ver. Ahí voy, digo, y soy una falsa mujer de campo con una pollera roja a lunares y el pelo florecido. Rubia, traeme, digo con mi acento. Y soy una mujer que se dejó estar y tiene caries y ya no lee. Leé, idiota, me digo. Leéte una frase de corrido. Acá estamos los tres juntos para una foto familiar. Brindamos por la felicidad del bebé y bebemos las cervezas, mi hijo sobre su sillita mastica una hoja. Le meto la mano y chilla, me muerde con las encías. Mi marido quiere plantar un árbol para darle larga vida al bebé y yo no sé qué decirle, sonrío como una gansa. ¿Se da cuenta él? De todas las bellas y sanas mujeres que hay en la región, se vino a enganchar conmigo. Un caso clínico. Una extranjera.

Alguien que debería ser clasificada de incurable. Qué día de humedad, ¿eh?, parece que tenemos para rato, dice él.

Yo trago la botella en sorbos largos y aspiro por la nariz queriendo estar, exactamente, muerta.

ESTOY EN EL CUARTO DEL NIÑO iluminada por una lucecita celeste, veo mi pezón que lo sacia a cada succión. Mi marido, me acostumbré a llamarlo así, fuma afuera, puedo escuchar el soplido del humo a un ritmo regular, fffff, fffff.

El bebé se atraganta con mi leche y lo inclino sobre mí para que eructe, ese aire que queda atrapado en su estómago, aire de mi leche, aire de mi pecho, aire de mi interior. Después del eructo cae en peso muerto, le cuelgan las manos, los párpados se espesan, su aliento se aletarga. Lo acuesto abrazado a mi bufanda y mientras lo enrolló pienso en Isadora Duncan. Quién tiene qué vida.

En qué cuerpo estás. Dejo de escuchar el humo entre los dientes de mi cónyuge. Tiro el pañal pesado. Camino hacia el ventanal, siempre juego a que lo atravieso y me corto entera, siempre quiero cruzar mi propia sombra. A punto de estrellarme, me detengo, abro. Afuera mi marido larga un chorro color mate, puedo ver las gotas calientes y amarillentas sobre la chapa del garaje dibujando una cascada. Se da vuelta, me sonrío con las manos en el sexo laxo y llovedizo y apaga el pucho que tiene en la boca con su cascada de pis. ¿Miramos las estrellas?

Nunca supe cómo explicarle que no me interesan las estrellas. Que no me interesa lo que hay en el cielo. Que no me importa su telescopio que ahora lleva con dificultad al fondo del terreno, casi en la bajada al bosque. No quiero contarlas, descubrir sus formas, ver cuál es más brillante, saber por qué se llaman las Tres Marías o el collar de perlas o la cacerola con mango largo. Él instala su joya de tres patas. Mi marido es un tipo entusiasta. ¿Ves el collar de perlas? Sí, amor. Mirá esos puntos luminosos, titilantes, ¿no querrías comerlos con la vista?, son tan chiquitos, y pensar que en verdad son masas enormes.

No, pensé, no me gustan las distorsiones de ningún tipo.

Ni ópticas ni sonoras, ni sensoriales, ni olfativas, ni cerebrales, no me gustan los objetos negros del cielo. A mí me llenan de energía, dice. Mirá esa constelación y tratá de saltar de una estrella a la otra como si cruzaras un puentecito de troncos movedizos... ¡y mirá esa cara, como de esqueleto! Su exaltación me hace daño. Me abraza por el hombro. Hace meses que no nos abrazamos. Tampoco nos damos la mano, llevamos el cochecito o levantamos al bebé. ¿Ves la Osa Mayor y la Osa Menor?

Sí, claro, digo y lo abrazo, pero mis ojos se detienen en el hueco sin estrellas, en la ausencia de luz. Frente al reto del cielo oscuro que tenemos encima de nosotros, cualquier noche... ¡Un cometa!, gritó y me desabrazó de la emoción. No

lo vi pasar. Hay que estar atento, solo es posible verlos cuando están cerca del sol y por un período corto de tiempo. ¿Pudiste ver su recorrido?, preguntó molesto. Acto seguido, encendió un pucho, la cosa es lograr orientarse en el cielo. Mirá ese grupo de estrellas, seguí una línea imaginaria, ¿ves?, no es más difícil que leer un mapa de autopistas y seguir la línea troquelada para no ir a caer al mar. Me pareció que el niño lloraba, pero todas las noches lo oigo llorar y cuando me acerco el silencio es total, como si se hubiera grabado un fragmento de su llanto y se reprodujera solo. Pero a veces no oigo nada. Estoy sentada en el sofá, a pocos metros de su cuarto, mirando un programa de intercambio de parejas, niñeras a medida, o pintándome las uñas, cuando mi querido se aparece con el calzón medio bajo y me dice ¿por qué no deja de llorar?, ¿qué quiere?, vos sos la madre, tenés que saber. No sé qué quiere, le digo, ni la menor idea... ¿No te relaja la luna? Acércate al lente, mirala hoy porque no será la misma mañana, esos cráteres grises, me dan ganas de comerla ¡o de fumarla! Yo miré la luna, pero en realidad recordé el sonido del llanto, mi cuerpo segregando adrenalina, impaciente por que pare de llorar. Los consejos que me dio aquella joven asistente social a domicilio cuando mi suegra la llamó alar-mada: «Si tu niño llora tanto como para terminar con tu entereza y sientes que estás a punto de perder el control, huye. Entrégale el niño a otra persona y vete a un lugar donde puedas recobrar el sentido y la calma. Si, en cambio, te encuentras sola y no hay posibilidad de dárselo a nadie, huye igualmente. Deja al crío en un lugar seguro y aléjate unos metros». Tendrían que existir por estos pagos las santiguadoras, esas aldeanas que por el mismo precio le quiebran el empacho a tu tipo y el llanto caprichoso a la guagua. Me hubiera gustado estar en el

Apolo, ¿me escuchás?, o en cualquier misión al espacio exterior..., ¿me seguís? En el Apolo mirando la Tierra alejarse... ¡Shhh! ¿Llora? ¿Dónde ves que llore? ¡Te estoy hablando de la luna! La luna es como ustedes, le gusta ocultarse, dice, y yo pienso en los paseos en brazos horas y horas con diferentes coreografías, del agobio al llanto, del llanto al agobio, pienso en ese animal monstruoso, en ese parásito que es un hijo, en eso de llevar tu corazón con el otro, para siempre. Hasta que se hartó, cerró el telescopio y lo llevó al garaje a guardarlo junto con sus herramientas, el tractor de mi suegro y la canoa con sus remos. El bebito, como lo llaman mis suegros, no lloraba, el silencio de su habitación era tal que tuve que tocarlo para ver si vivía. Entonces volví a la sala con el ventanal, caminé derecho hacia el reflejo y, justo antes de atravesarme, abrí. Mi marido fumaba otro pucho, había abierto su segundo atado mientras insultaba por igual a la luna y a mí. Vi su humo ciñéndolo y me intimidó. Lo más agresivo que me dijo en siete años fue «hacete ver». Yo le dije en el primer mes de noviazgo «date por muerto». Nos quedamos parados uno al lado del otro sobre el rocío, el agua del pasto

tiñéndonos de verde. Los pies acuosos.

La tierra revuelta por los topos eran los cráteres. Él ya no miraba hacia arriba, yo menos. Igual, me pareció que un cometa pasó sobre nosotros, breve como todo. Después nos fuimos a dormir cada uno a su cama. Ya me acostumbré a dormir sola y atravesada en esta casa que antes era un tambo, con lo que sea que eso pueda significar. Todo lo que se pudre forma una familia, largué, mientras se me entrecerraban los ojos.

CUANDO MI MARIDO SE VA DE VIAJE, a cada segundo de silencio le sigue una horda de demonios colándose por mi cerebro. Una rata salta sobre el techo transparente. Parece divertirse la loca. Voy a ver si el bebé respira a cada minuto, lo toco para ver si reacciona, lo destapo, lo cambio de posición, lo ilumino, lo levanto, todavía estamos en la etapa de la muerte blanca. Después me controlo, me hago un sándwich y me quedo frente a la tele. Pero enseguida el ajjj ajjj de un búho, ese sonido genital, involuntario y erótico, me aterra. Apago la tele. Imagino a los animales en una orgía, un ciervo, una rata y un jabalí. Me río, pero inmediatamente me da miedo esa mezcla de bicharracos. Esas patas, colas y pelambres enganchados en una carrera de placer. ¿Cómo eyaculará un jabalí? Vuelvo a escuchar el ajjj, ajjj, como de ahorcamiento, ajjj, ajjj, como una gárgara ronca y gatuna saliendo del pico curvo del búho. Por el ventanal de la sala veo que al fondo está la vieja casa rodante. No sé por qué está engualichada esa casa que nos dejó más de una vez en medio de la ruta. Está oxidada pero mi hombre dice que todavía puede echarse encima unos cuantos kilómetros y que podríamos irnos los tres al mar. Yo temo que vuelque y se ahogue el bebé. Entre las dos y las cuatro de la mañana viene lo peor, después afloja y vuelvo a hacerme de comer. Pero entre las dos y las cuatro me dan ganas de zarandearme. Veo el picaporte abrirse solo. Me veo yendo al bosque y dejando el cochecito cuesta abajo. Ajjj, ajjj, por suerte suena el teléfono. Amor, ¿a qué altura estás? ¿Doscientos ochenta kilómetros todavía?

Ah, ¿comiste en McDonald's? ¿Y después cargaste nafta?

OK, llamame desde la próxima estación. Beso. Beso. Los llamaditos desde la ruta me entrecortan la chifladura.

Vuelvo a ver si mi bebé duerme. Le pongo sus muñecos por orden de llegada a este mundo. ¿Mi querido cónyuge irá a un hotel berreta con una empleada de McDonald's?

Camino por la casa en patas. Voy a hojear algo. Mi biblioteca está llena de libros sin leer que compré para devorarlos durante el embarazo. De pronto, no soy buena en la cama, él lo sabe, me digo de la nada. Por eso habrá ido a un hotel de ruta y paredes descascaradas con la empleada inculta que se mueve mejor que yo. A mí me gusta pensar en el sexo, no hacerlo. Siempre fui buena en teoría y reprobé en la práctica, por eso no sé manejar pero me sé de memoria las leyes de tránsito. Intento concentrarme en Virginia Woolf, regalo de mi hombre, pero tengo demasiada leche. ¿Por qué duerme tanto?

¿Por qué no despierta? La muerte en un hijo es ciencia ficción. Voy a verlo. Salgo de la casa, un Ferrari rosa pasa a gran velocidad. Me quedo parada en el portal con el telefonito en la mano. Dicen que las ondas dan cáncer.

Mi mano está en estado terminal. Ya debería estar por llamarme, siempre lo hace cuando llega a la siguiente estación. Melisa, la chica soltera con dos hijos que vive al lado, tiene la ventana abierta y la luz encendida. Me parece que llora o está gimiendo. Se gana la vida mostrando el culo por la webcam, un hombre en algún lugar del mundo va a ponerle en el chat «¡Oh, Señor!, qué delicia» y pagará más para seguir viendo su raya. ¿Por qué no suena el teléfono? El cliente querrá lamerla, ella se unta con crema, el tipo chupa el monitor desde su apartamento céntrico en Viena o Estambul. Miro al perrito sin raza atado enfrente, me saca la lengua. ¡Suena!

Amor... ¡Hoooola! ¿Estás tomando un café de máquina?

Tené cuidado que te dan acidez estomacal. ¿Qué comiste?

Bueno, te espero despierta, yo también, chau. Beso. Beso.

Ya está, llamó. Le pregunté lo mismo de siempre, ¿qué comiste? ¿Por qué las mujeres preguntamos a nuestros maridos qué comiste? ¿Qué mierda queremos saber preguntando qué comiste? ¿Si cogieron? ¿Si son infelices con nosotras? ¿Si piensan en abandonarnos? Camino esquivando ortigas y bajo al bosque. A cierta hora aparece un ciervo que se me queda mirando de una manera brutal como no me miró nadie nunca. Quisiera abrazarlo, si fuera posible. Más tarde logré leer una página y media de Plath, después del embarazo leo cada vez más lento.

Pero... ¿qué es ese suspiro entrecortado, como un suspirito?, ¿la vecina de pelo teñido de rojo exponiendo su agujero o el perro en celo? Esperar a mi cónyuge es un suplicio. Debería cocinarle algo para cuando llegue, pero no sé. Siempre cuenta la misma anécdota. La vez que vinieron mis suegros a pasar el día y yo preparé el almuerzo. El menú: croquetas de arroz con arroz. Y todos se ríen de mí. No todos, el bebé no. Pero, antes de que el bebé existiera, todos. A carcajadas. A veces quiero que lllore para poder colarme en su cama sin culpa y descargar mis tetas. Los días sin mi marido estoy agresiva.

Me la agarro con los débiles como la enfermera gorda que viene a dar inyecciones anticoagulantes al enfermo que tengo como vecino. La señora llega en su autito blanco todas las mañanas a las ocho en punto. Nunca la vi hacer un

gesto distinto. Apaga el motor, baja del auto y camina hasta la casa como solo pueden hacerlo los empleados públicos o las enfermeras a domicilio en un paraje perdido como este. Hoy saqué la basura a las ocho y le eché una mirada de asco al pasar. Ella me saludó como una persona civilizada y yo le gruñí. Le levanté el tono dando unos pasos hacia ella y me dispuse a irnos a las manos. Ella se achicó. Pobre gorda, seguro pensó que venía de algún país en guerra. Yo estaba despeinada, con una remera de mi hombre de cuando jugaba al básquet que me hacía un cuerpo que no tengo. Seguro pensó que le iba a bajar los dientes de un cabezazo. La miedosa se apuró a entrar en la casa del enfermo, frotarlo con alcohol y colocarle la inyección. Me pongo altanera con ciertos especímenes. Les grito en público, me gusta armar escándalos, rebajarlos, mostrarles cuán temerosos son. Porque son eso, gallinas, ¿cómo es que ninguno me trompeó? ¿Cómo es que ninguno llama a la policía para que me deporten? Es tan obvio que tienen razón, que la que busca roña soy yo, que ellos hacen su trabajo y no molestan a nadie. Los días que mi marido sale de viaje pongo un bebé de plástico en el asiento trasero del auto, en pleno verano. Me divierte ver la cantidad de vecinos y empleados estatales que se alarman. Me gusta mirar sus reacciones de buenos ciudadanos, de héroes queriendo romper el vidrio y salvar a la criaturita de una muerte por asfixia. Me entretiene ver el camión de los bomberos llegar con la sirena. Infradotados. Y si quiero dejar en el auto bajo cuarenta grados de sensación térmica a mi bebé, lo hago. Y no me corran con que es ilegal.

Si quiero optar por la ilegalidad, si quiero convertirme en una de las tantas que al toque de parir optan por congelar al nacido, lo hago. Si quiero ir a la cárcel veinte años o huir, es una posibilidad también. El otro día la vecinita rubia le decía a la enfermera que en el pueblo, pero del otro lado del río, un tipo había violado «sexualmente» a una niña. La conversación siguió su curso, como si nada.

Yo sola pude haber elegido para criar a mi hijo esta fauna llena de fans de punk rock consumidores de ácido, con moretones por todas partes producto de «caídas accidentales» y de lugares comunes de la autodestrucción.

Yo digo, si te faja tu marido o tu padre, lo mínimo es asumirlo. Habría que rugirles en vez de decirles buen día.

Degenerados. El parloteo o, mejor dicho, el solipsismo al que me tengo acostumbrada, dio sus frutos. Ahí escucho el motor de mi marido. Ya mismo abro el portal y sonrío.

Ahí va, está entrando el auto..., maniobra esquivando una piedra, yo voy de

un lado a otro, estoy impaciente por que salga y me bese, por sentir su olor a tabaco en los bigotes. Nos besamos. Como todos los esposos del mundo, sin lengua. Entramos, deja la valija con los productos no vendidos y los de muestra. Lo ayudo a sacarse la campera. Le caliento su segunda comida de la noche en el microondas del que salen chispas. Se me pasa, me quemó al agarrar el plato. Nos sentamos a la mesa. Nos miramos y conversamos, todo entre comillas porque para mí eso no es mirarse ni conversar. Al rato lo veo salir, él dice que necesita mear afuera. Es adicto al aire libre, no sé qué le pasa con el puto cielo. Le gusta cuando es azul y es casi feliz cuando no hay nubes. A mí me da lo mismo estar a la intemperie o encerrada en un baúl.

Por fin el bebé me vacía la derecha y la izquierda. Mi marido mira dibujitos animados japoneses para tener la cabeza en blanco. Le voy a hacer una caricia y se queja porque le corté el bostezo. Después apagamos una a una las luces de nuestro rancho, que todavía huele a cuero de vaca. Estaba en una maratón masturbatoria cuando volvió el ahhh, ahhh y me desconcentré. Salí a mojarme la cara y lo pesqué a él también acalorado. Cruzamos apenas una mirada y cada uno volvió a lo suyo.

MI ÚLTIMO RECUERDO DEL EMBARAZO es en Navidad, con toda la familia de mi marido presente venida de pueblos todavía más perdidos que este. Se me revolvía el estómago, mi bebé se movía a una velocidad poco normal, la gente cruzaba los dedos para no tener que salir corriendo a la maternidad y poder terminar de comer el pavo relleno con manzana. Yo estaba en el salón frente al fuego, no recuerdo haber hecho nada extraño que delatase mi desesperación. Hacía rato que contenía todo en un, yo pensé, progresivo pero sutil balanceo cuando, repentinamente, fui invitada a sentarme y «tomar algo fresco». No sé en qué momento el deseo de morir se ve amenazado por sentar el culo en la silla y tomar agua. Gracias, abuela, no se moleste; pero igual me sentaron e igual me trajeron el vaso con «agüita fresca». Este grupo de gente que vive a mi alrededor terminará por provocarme un ataque. Me gustaría tener de vecinos a Egon Schiele, Lucien Freud y Francis Bacon, así mi hijo podría crecer y desarrollarse intelectualmente viendo que el mundo al que lo traje es algo más interesante que este montón de casitas para nada. Apenas todo el resto se escapó a deshincharse a los cuartos y dormir la siesta, escucho a mi suegro pasear sobre la nieve con su nuevo tractor verde; pienso que, si pudiera linchar a toda mi familia para estar a solas un minuto con Glenn Gould, lo haría. Después lo vi sentado en su escritorio controlando los tickets de supermercado del mes. Releyó el precio de cada producto y verificó con la calculadora si eran correctos. Cuando terminó de hacer sus cómputos en su cuaderno de gastos mensuales, el velador ya no le servía para leer. Cenamos otra vez todos juntos; recuerdo ahora haberlo visto a contraluz, la imagen cansada de un hombre normal, creyéndose excepcional; después se lavó la prótesis de los dientes y se fue a acostar. ¿Y eso es un día vivido? ¿Eso es un ser humano viviendo un día de su vida? En su habitación hay un rifle y varios cartuchos en la mesita de luz. Yo siempre digo que no me van a matar en mi cama, comentaba. Si escucho ruidos, armo el fusil y bajo. Y si se hacen los malos, tiro. A los pies, no soy asesino, decía aspirando la saliva que siempre le quedaba atascada. Mi suegra me miró durante todo el día con aire afligido. Ya no sabía qué más hacer por mí cuando golpeó a la puerta de madrugada y entró tímida con otro vaso con agua y una pastillita verde y blanca. Gracias, dije, y apenas salió la tiré al fuego. No me gustan los efectos secundarios. No me gusta el concepto de antidepresión. Lo único que podía hacer en esos casos era abrazar mi vientre y esperar. El bebé dormía adentro envuelto entre mis tripas, ajeno a mí. Tampoco él me ayudaba en esos días. Ni bien terminó el ritual de las copitas alzadas y los buenos deseos, traté de huir de la vista de mi esposo que ya tiraba dardos al blanco en la terraza. Cada vez que erraba el tiro decía ¡uuuh! Después de atravesar el salón plagado de papeles de regalo, moñitos y cucharas, me acerqué a la pila de ropa para el nonato pero no llegué a acomodar nada. En cambio, caminé al bosque agotada por las contracciones. El dolor vuelve ahora y se me echa encima como un

perro. Las preguntas de aquella Navidad me perforan con más fuerza que las descargas eufóricas de los cazadores. ¿Estuviste viendo ofertas de trabajo? ¿Piensan poner al chico en la guardería? ¿Están pudiendo pagar los impuestos? ¿Y el seguro médico? ¿Necesitan ayuda? Ya llegué. Solo en casos de emergencia bajo hasta acá de noche. Cómo puede mi suegro haber pasado la tarde de un 24 de diciembre releyendo los tickets y tener un fusil bajo la almohada. Cómo puede mi suegra hablar tan bajito, caminar con pasos tan cortos, ser tan modosita y ofrecerle un Prozac a una futura madre. Cómo pueden mi suegro y mi suegra dormir entre las mismas sábanas, acolchado y cubrecamas, entre las mismas paredes durante cincuenta años. Mi marido dejó las flechas y salió a buscarme en el terreno boscoso. Avanzo y me interno en el enjambre de troncos y hojas. Soy una, en mi cuerpo soy dos. Entre hileras de humo veo a un grupito de marginales o gitanos que acampa en el estanque nevado con una casa rodante tan precaria como la nuestra. Ahí los veo fumar y reír en otro idioma sobre la escarcha helada. Por la mañana, mis suegros se quejarán de las latas de cerveza y de las jeringas tiradas. Más allá están los panales de avispas de miel salvaje y un camino que lleva a la autopista. Después del diluvio aparecen enormes cantidades de hongos que ahora veo pudrirse.

Quisiera que la primera palabra que diga mi hijo sea una palabra bella. Me importa más eso que su seguro médico.

Y si no, que no hable. Que diga magnolia, que diga piedad, no mamá o papá, no agua. Que diga devaneo. Mi esposo me encontró saltando sobre un charco. Me dio vergüenza, dije que estaba lo más bien y volví al trote al hogar.

MI PRIMER RECUERDO, ya con el bebé fuera de mí, es en la galería de mi casa. Cae la noche y empieza el declive, la agitación, un estado alterado. Me da miedo el daño que le pueda hacer al recién nacido y por eso me quedo en la silla de mimbre contando luciérnagas o la cantidad de veces que se oye el grito de algún animal. Sin ir a sentarme a la mesa cuando me llaman para comer, todavía restos del festejo navideño, ni frente a la chimenea cuando la familia se reúne como ahora. Oigo los tenedores entrando en las bocas, los escucho tragar mientras voy perdiendo la cabeza, pero ni siquiera sé si es así. Nadie lo sabe. Ni yo, ni mi hombre, menos un médico. Mi suegra es adicta, estornudo y ya quiere llamarlos. Los ama, los idolatra. Creo que dice médico y se moja. No sé qué cree que puede hacer frente a un páncreas destruido. La cabeza se me hunde, se pierde en la orilla. Cuando me digen a entrar la comida estará fría en la mesada y habrá una nota de puño y letra: «Que cenas rico, te amo». Al final de la noche tengo tanta rabia acumulada que podría beber hasta el paro cardíaco o cometer un crimen. Eso me digo, pero no es verdad. No podría bajarme ni media botella. Esto son mis días, un atascamiento continuo.

Una lenta perdición. Ahora mi suegra está sirviendo el postre, la cuchara raspa el fondo del bol. Peras al coñac, o al chocolate. La gente ya no se pregunta por qué no me siento con ellos. Por qué ya no comparto la cama, ni la mesa, ni el baño. A veces salgo a dar patadas al aire; seguiría aunque descubriera que mis suegros me espían desde la ventana. Ya conté tres luciérnagas y debe haber más. Desde acá fuera me doy cuenta y por eso no entro.

La muerte está presente en el fuego, en la alfombra, en las cortinas, en el aire encerrado de los muebles de campo y en la vajilla de plata. En el jarrón sin flores. La muerte exuda de los paraguas apilados cerca de la puerta.

Me acuesto y me levanto tantas veces que no sé cuándo ocurrió cada una. El bebé es tan chiquito que se pierde entre las sábanas, como un pez diminuto. Todos vestirán de negro, incluso los niños. Esta noche me asusta, pondría a Glenn Gould de fondo pero a mi esposo la música clásica lo duerme, me palma, amor, dice. Que mi suegro haya muerto mientras dormía no hizo más que agravar mi suerte. Siento el cielo como un telón de pana que no me deja ver. Yo lo intento miles de veces y cada vez se cierra más. Y su última frase antes de acostarse,

«mi nieto seguirá mis pasos», de intrascendente espíritu

épico, tampoco me ayuda mucho. Frente a su tumba vi con extrema nitidez sus dientes. Siempre le dolían o se los estaba limpiando con cepillito mientras te

hablaba.

Algunos pocos lagrimeaban detrás. Otros se sentían en la obligación de respetar una distancia prudente con la fosa. Ya está. Ya es un hombre que pasó. Listo. Como un caballo por un pueblo donde nadie recuerda el retumbar del animal. Ya está. Ya fue. Ahora a intentar vender a buen precio su hermosa colección de rifles. Yo abrazo a mi hombre mientras el bebé recién nacido le sonrío a las tumbas.

Pensé en mi suegra mientras abría la casa para airearla.

Tirando los anteojos. Oliendo a su querido en el respaldo de la silla mecedora donde dormitaba. Mi suegrita. Cocinando de ahora en más en las mismas sartenes donde le hacía sus huevos fritos y su arroz. Regalando las medias de su esposo entre los vecinos. Mientras lo bajan en su ataúd la veo yendo del baño a la cama, escuchándolo hablar, toser, roncar. Su camisón deja ver sus pezones azules, oscuros, sus tobillos abultados. Mi suegra con la mano en la boca, abrazada al orinal de su marido. Y después mi suegra en cámara lenta, una anciana agitada al abrir una puerta corrediza o al cerrar una ventana. Ella le cuenta a la familia que antes de morir su amor la agarró muy fuerte de la mano, pero que después el médico le dijo que fue solo un acto reflejo. Ahí fue que me sentí cerca de ella por primera vez.

PIENSO EN ELLA Y SE ME SECA LA BOCA. No sé qué hace tirada como un despojo entre la hierba densa y ligera, boca arriba. Tiene la misma remera de ayer. Rosa, sin mangas. El mismo pantalón negro de la semana pasada. Ya le conozco todo el ropero. Se pone botas de plástico aunque no llueva. Viste polleras acampanadas que le hacen una cadera que después, con los shorts de jean, se nota que no tiene. Se ata el pelo en un rodete tirante con un aire a falsa bailarina clásica a punto de salir a escena.

Le conozco las posiciones, se sienta encorvada, con la cabeza caída entre las piernas. O se acuesta, como ahora, y parece que alguien la dejó tirada ahí. Come con la mano, directamente de la fuente, pero eso cuando está sola.

Lleva pañuelos enredados al cuello, parece una mujer birmana. Se le ven los breteles del corpiño. No puedo olerla, ni saber si respira agitada. No sé qué se siente al tocar su espalda. No tengo detalles. La vez que estuve más cerca fue cuando arrimé la moto al portal, pero el motor la asustó y aceleré. ¿Me habrá mirado, me pensará? Los ojos son lo que más me intriga. No tener claro qué ojos tiene; diría que son grises, pero a veces se mimetizan con el heno. ¿Cómo será tener sus ojos sobre los míos? Sí puedo afirmar que tiene hombros grandes, dedos finos, que casi nunca se ríe, que los pasos que da al caminar son tan largos que parece que integra un desfile militar. No fuma. O al menos nunca la vi fumar. No escucha música, por lo menos no durante las tardes en las que paso a la salida del trabajo, con la boca seca, media hora antes de sentarme sobre la moto y ponerme el casco. Media hora antes de saber que la veré sentada en una hamaca con su bebé. Rubio como ella. Delgadito y largo. Lanzándolo por el aire y atajándolo con torpeza en la caída. Aunque una vez no llegó. La veré llorar, enfurecerse con la boca.

No sé su nombre ni su edad, ni nada. La escuché cantando con voz grave y barroca una ópera, se nota que no nació acá, pero dónde, cuándo. Si me hubieran contado la historia en el trabajo diría que no es posible. Un hombre como yo. Responsable del servicio de radiografías del centro de salud de la ciudad. Radiólogo matriculado en la universidad pública camada año 83. Casado y con una hija especial, de capacidades diferentes, tranquilo, hombre de su casa. Nacido y criado en la ciudad más próxima. Hombre que vivió toda su infancia y adolescencia en el mismo departamento, en el centro del país.

Embobado con una mujer de polleras acampanadas que pasa sus tardes echada como un anfibio en el césped de su jardín. La veo el tiempo que la velocidad mínima me permite, esos segundos fatales. Pienso en ella y tengo

arcadas de deseo. Un hombre como yo, no especialmente bueno, pero tampoco un diablo. Un hombre como yo al que le gusta acariciar el pelo lacio de su mujer, hacer el amor despacio, cuando la nena duerme, respetando sus tiempos, sus días con la regla. Un tipo despierto, entretenido, pero que no le busca la quinta pata a nada. Y ahora, con las balizas en la banquina, acosado por esta sequedad en la boca cuando de regreso a casa tengo que pasar por su portal y verla, confundida con las flores. Y esas imágenes que duran los veinte kilómetros que la separan de mi casa. Imágenes furiosas pegadas a mi paladar. Ella entre las espigas. Ella, una visión alucinada y naranja y yo un zorro loco al costado de la ruta. Las granjas y corrales se suceden, se escucha el cacareo y luego el gallinero. Los mismos de siempre me saludan con las manos en la tierra o en las tetas de las vacas o subidos a un árbol con una cortadora. Ese ambiente familiar de herramientas, bosta, engorderos y perros de caza, corrompido por esta imagen que arrastro como un cadáver hasta el hogar, donde veré a mi bebé, mi ángel, mi diosa, apoyada sobre la ventana. Esta imagen que crece en mí haciendo estragos. El horror de este deseo. De querer arrancarle el pellejo. Le digo hola con la mano a mi hermosa mujer, que saca espinitas del jardín con guantes, pero la imagen sigue también cuando estaciono y entro. Una aureola que se expande. Mi árbol desabrido y sin hojas se torna voluptuoso. Y cuando tengo en brazos a mi hija. Incluso cuando le doy de comer en la boquita y la baño. Y más allá. Mucho más. Esta madrugada lloré por ella en el suelo de la cocina, golpeando los azulejos, deseé tener sus falanges, sus caderas, su culo conmigo. Me engañé a mí mismo pensando que era lo más bajo a lo que podía llegar. Una imagen te envenena, los ojos de un búho, y ya es tarde. La pongo contra la pared, deshago el rodete con los dientes y la ahorco con mis besos.

¿QUÉ QUERRÍAS QUE HICIERAMOS CON TUS CENIZAS?, le preguntó al marido cuando sus pulmones no daban para mucho más. ¿Eh?, dijo perdiendo la audición. ¿Quieres que te entierremos o que te esparzamos, papi?, tuvo que gritar.

Me da lo mismo, contestó. Y no le interesó dejar dicho eso ni ninguna otra cosa. Algo como una segunda muerte diaria vivía mi suegra que seguía poniendo en el lavarropas los pantalones sucios de su marido. Su casa era un gran bloque de cemento macizo con vista al campo abierto de pastizales secos y maíz detrás de una hilera de árboles. El sendero de asfalto que llevaba a su casa estaba sucio, el aire teñido de humo cancerígeno. Alguien quemaba cables de cobre para revenderlos. Los topos hacían agujeros profundos también en su tierra transformándola en un campo minado. Mi suegro solía decir que había que tomar una solución final al problema poniéndoles botellas con gas a la salida de sus casas, la shoa de topos. Ella seguía cocinando para dos, cambiando la funda de las almohadas, cosiendo sus calzoncillos rotos en la entrepierna. Por la mañana, todavía despierta de la noche, yo pasaba con el cochecito y la veía sentada, aturdida como si tuviera la cabeza dentro de una campana.

Vivía en su cuerpo como quien entra a una casa invadida e intenta atravesarla sin tocar el suelo. El único momento de paz, decía, era el sueño. Esa dispersión del espíritu. Pero tenía graves trastornos para dormir y era sonámbula. Una vez se paseó en camisola por el pueblo al grito de ¡fuego!, otra vez usó los zapatos de teléfono y habló con Dios; eso, cuando no pasaba la aspiradora a las cuatro de la mañana. Vi que desayunaba un pan blanco que llevaba días en la cocina. No miró la fecha de vencimiento de los remedios que empezó a tomar el día del entierro. No espantó las moscas ni sus huevos anidados dentro del frasco de mermelada casera de castañas.

Miró sus dedos que llevaban el pan a la boca como si fueran de otro y se atragantó porque para el que queda el tiempo no pasa, siempre es el limbo. Como una camisa mojada, húmeda sobre el cuerpo, algo que no se va ni se despega. Y aunque su eterno compañero no pasara largas horas incrustado en ella, tardes enteras, veranos aferrado a ella ni días de campo entrándole, saciándola; aunque ni siquiera pensara que ella tenía calenturas, de tan ahuecada que andaba, era su compañero. Él pensó que su mujer, en vez de vagina, lo que tenía era como una piedra al fondo de una gruta. La pensaba siempre cubierta con esos chalcitos que bordaba. Se acostumbró a amarla como si hubiera nacido así. Y ella también. Y, cuando vio el cadáver despojado y limpio de su esposo, se impresionó, porque antes de ser cenizas tuvo la forma de un cuerpo nacido en la primavera de 1940. La pedantería, los monólogos que hacía sentado en la cabecera de la mesa, su risa

sobre el tractor en marcha, terminaron encerrados en un cajón de pino. Y allí se fueron los secretitos, las escapadas al burdel de la zona, la vez que metió la mano pesada en la pollera de una colegiala en el bus del pueblo y lo comentaron todos. Ahí se fueron también sus proezas en la Armada, los muertos que anotaba en su ingele, el juego de cartas en un camarote de tren a los treinta y dos años, la vez que la hizo mearse de la risa y ella tuvo que correr a cambiarse. Fue un velatorio cualquier, una despedida algo corta. Excelente padre y esposo, dijeron los invitados. La gente se fue en procesión a comer al parador donde el difunto era cliente habitual. Allí pasaba los mediodías tomando sus cañitas y sus aperitivos, allí contaba con gracia sus anécdotas en el frente. El cortejo lo recordó entre sus camaradas. Su viuda lo deschavó diciendo que solía quedarse en la oscuridad total del living sentado horas frente al pino con sus luces de colores. Y no era tanto la muerte concreta de mi suegro lo que me impresionaba, sino la pérdida de sus palabras, «en mi puerca vida», sus calificativos, «soy un superdotado», el tono ensalivado y pastoso, su textura. Tanto clavarla acá y allá, tanto recuerdo osado de la guerra, tanto desenfreno, y ni siquiera daba para una oración que lo hiciera diferente de algo.

LA NOCHE ESTABA ALTA, negra, suave, sobre nosotros. Era una oscuridad hosca y pretenciosa. El ventilador giraba.

Mi niña maravilla soñaba dentro de las redes blancas, blandita como un pez sin escamas. Estaba obsesionado con dormir, hacía horas que mi mujer volaba a mi lado y que los espirales antimosquitos se habían desintegrado dejando ese olor a viaje adolescente. Me levanté y fui en puntas de pie hasta la puerta, llevándome la ropa colgada del respaldo de la silla de hierro. Me vestí a oscuras en el pasillo. Me llevé los zapatos en la mano y me até los cordones con moño bajo el cielo abierto. Empujé la moto hasta la calle y encendí el motor una cuadra más lejos. Vi los árboles talados de un hachazo hueco.

Vi los cráneos agujereados de los conejos esparcidos en la entrada del bosque como florcitas. Vi un grupo de mariposas nocturnas que revolotearon sobre mi cabeza y entraron en mis oídos y el cuello de mi camisa. De a poco lograron enmarañarse en mi pelo y se metieron en mi nariz. El aire fresco, de montaña, de la ruta, no me dejó menos sofocado. Avanzaba por la carretera cruzando hombres pacíficos con carabinas y machetes. Me acercaba a ella dando grandes saltos. Pasé las casas previas. La de ventanas tapiadas, la de las rosas artificiales, la de los perros gemelos siberianos. Apagué el motor, dejé la moto inclinada sobre la hierba y avancé hasta su portal. Caminé ida y vuelta viendo y no viendo el interior del jardín y la casa. El follaje me dejaba distinguir solo fragmentos.

De la oscuridad plena surgió una luz. Alguien acababa de despertar. O sería el bebé sacudido por imágenes del sueño. Puse la mano en el picaporte y entré por primera vez en su territorio. Su casa frente a mí me pareció un paisaje. Mis zapatos se hundieron en la tierra. Di varios pasos cuidando de no ser visto desde ninguna de las dos pequeñas ventanas del frente. Toqué la pared como partida por un rayo y llegué a la parte trasera de la casa. La luz seguía encendida pero no se oía más que el shhh agresivo de la lechuza. Esperaba verla bajar por el aire, poseída por espíritus, en camisón blanco. Esperaba verla surgir desde la ventana con ojos rojos. O flotando sobre el tejado vestida de negro. Estando ahí, en su zona, pude sentir el odio que le escarba el vientre y rogué por que no me contagiara la depresión de tener que vivir. Es tóxica la muy puta. Y tan linda. Otra ventana se abrió dando un tajo brusco a la pared. Estaba demasiado asustado para huir y me quedé esperando que algo pasara. Que saliera el marido o que un perro me mordiera. O que fuera ella y entonces el miedo era mayor. Oí golpes crujientes en una escalera de madera. Sus pies eran garras de metal. Su pelo largo hasta el piso hecho de aserrín.

Seguí parado como un poste con los pies mojados. Ella salió. Avanzó hasta mí como montada en el aire, pero retrocedió en medio de una corriente y, al detenerse, abrió la boca grande como para gritar, pero no salió ningún sonido. Era difícil contenerse. Así como estaba era irresistible, a pesar de estar a pasos de la fosa séptica.

Incluso con toda la violencia sexual y mis ganas de atracarla, de aspirarla, no me moví. Ella tampoco. Yo diría que nos conocimos en ese momento. Entre sombras. Eso fue contarnos la tragedia de nuestras vidas. Eso fue hablar del pasado, de por qué estábamos en este pozo, en este bicherío, de qué es lo que nos lleva a escapar en medio de la noche. Agarró un cuchillo y cortate la boca, me dijo, y obedecí mientras ella entraba en la casa galopando y, aun de espaldas, me miraba sangrar. Yo escapé sobre la moto despertando a todos.

ESTOY EN LA SOBREMESA. No queda más que mi vaso, ya se levantó todo. Los platos están lavados en el escurridor, la sal en su lugar, mi esposo se fue a acostar. El perro se meo. Sé que tengo que levantarme, pero no lo hago. Estiro las piernas sobre la otra silla. Me adormezco chupando un escarbadientes. Va a mear debajo de la mesa pero no me levanto. Mi pantalón está desabrochado. Desde acá disfruto del horizonte que se abre al final del campo con sus fardos redondos de heno y los gatos cazadores a punto de dar el arañazo, o será que tengo vista de lince. Puedo ver no solo la sombra de los árboles, su figura, también los parásitos que se pegan a los troncos. Puedo ver esa colección de alimañas bajo tierra que vive cuando nosotros dormimos. A esta hora en el río pasan vacas flotando con las patas duras hacia arriba, vacas sorprendidas por la corriente en el momento de beber. Esos cadáveres vacunos que vistos desde el puente colgante son piedras u hombres. El perro todavía sin nombre tironea del mantel y rompe mi vaso de vidrio. Ahora se meo y tiene rojo el hocico. Habrá que bautizarlo, para mí con decirle perro alcanza, pero mi marido insiste en llamarlo de otra manera, en integrarlo a la familia. Yo también me hago pis, pero sigo sin moverme y tengo calambres. Algo que detesté siempre de la vida campestre y que hoy saboreo es que uno se pasa el día asesinando. Con el café matutino aparecen las arañas en la pileta, ahogadas ni bien abro la canilla. Algunas más vivarachas se repliegan un buen rato, resisten cerraditas en flor, son las que me animan a abrir la caliente y terminar de reventarlas. En el momento de untar el membrillo llega el turno de las moscas, que nos vienen siguiendo desde la prehistoria y ya es momento de que se extingan. Las encierro en el frasco con un movimiento ágil sobre la tapa a rosca. Después me siento con el bebé en las rodillas a verlas patinarse en el dulce.

Tirada en la hamaca electrocuto a las abejas y alecciono a la avispa que osa querer probar de mi carne. Con mi hijo agolpamos grupos enteros de hormigas dentro de cajas de fósforos que después prendemos. Al parecer largan rico olor porque el bebé aspira. Yo no siento nada.

Después salgo a pisar lombrices y saltamontes. Pero el mejor momento es el de las tacitas con cerveza que pongo en la terraza, no muy llenas, para que tengan que agacharse a beber las babosas marrones. Cuando paseo por las noches encuentro toda una reunión de babosas borrachinas dentro del líquido, en los alrededores e incluso debajo del recipiente. En el baño, sentada en el inodoro, me gusta tomar el escobillón y barrer de un saque las telas de araña del techo. Se meó. No pienso pasar un trapo, yo nunca quise adoptarlo, es mi marido al que le dio lástima cuando, volviendo del supermercado, lo vimos acostado en medio del camino. El charquito se extiende hasta la puerta y pasa por debajo. El perro va lamiendo hasta que se topa con las pantuflas de su jefe, recién despierto. Perro

obsecuente lamedor. Perro adoctrinado. ¿Qué hay?, pregunta azorado el dorima al ver pis y vidrios. No es para menos, yo si fuera él también me azoraría, pero soy yo y sigo sin levantarme. Él da una vueltita a la mesa, echa un vistazo y me interroga. Ya sé, digo. ¿Qué sabés? No me hagas decirlo, si digo que ya sé, es suficiente. Y, la verdad que no. Qué hacés ahí sentada, no ves que el perrito, ¡estoy harto de llamarlo perrito!, se está meando, pobre criatura.

¿No ves que estás pisando vidrios? ¿Por qué tenés el pantalón desabrochado? Sentí lástima por él, casado con alguien con el pantalón desabrochado. ¿No puedo?, pregunto.

¡Sabés bien que no se trata del pantalón! ¡Quiero poder estar con el pantalón desabrochado si quiero! Vení, dice abriendo los brazos. No. Vení. No. ¿Por qué no? Porque sí, no. ¿Qué hago, barro? Hacé lo quieras. ¿Vos te quedás ahí?

Sí. ¡Podrías empezar a cuidar mejor la casa! ¿Sabés lo que encontré en la cocina detrás de la garrafa? Una rata disecada y lombrices, ¿hace cuánto que nuestro bebé come de ahí? ¿Y vos?, retruco. Deja de tirar tu ceniza en las tazas, en los platitos, por ejemplo, hace cuánto que nuestro hijo come de ahí. ¡Comprá ceniceros entonces! ¡O vos dejá de alimentarte de tabaco! Entonces se va afuera, el sumiso lo sigue y oigo que el rope descarga el resto del chorro que le quedó atravesado en su vejiga. Él toma el escobillón y vuelve y barre intentando no lastimarme, pegando patadas suaves para espantar al perro. Yo sigo mirando la mesa vacía. Ni rastros de la cena. Ese momento del día, en cualquier lugar, cuando la luz cambia, cuando hay una declinación, los objetos se rompen o se los llevan. ¿Vamos afuera, amor? ¿Para qué salir, amor? Está muy encerrado acá, amor. Afuera también está encerrado.

Él me mira y sale. Sé que tengo que pararme, que esta vez no hay opción. Pero, como cuando me clavo la uña en la encía para que se hinche, me quedo acalambrada en esa silla frente a algo que se desintegró. Esa cena, ese tiempo en que comimos hace menos de una hora, como una foto de familia de varias generaciones, siete hermanos parados en una escalera sonrientes, ahora todos muertos. Me quedo atrancada ahí, me quedo como detrás de una puerta, esperando a que abran. Escuché que el motor dio un bufido y supe que era el ultimátum. Mis manos hicieron movimientos violentos como si fueran a despedazar algo y todavía seguí ahí el tiempo suficiente como para que se recalentara el motor y mi esposo dijera ¡...cha de tu madre! Me levanté rígida. El auto en marcha, con el perro en el asiento trasero, me hizo luces. Dejé la puerta abierta.

Me asomé por la ventanilla. ¡Tiene las patas mugrosas sobre la sillita del bebé, decile algo! Bueno, ya las va a sacar, subite. No me hagas ir de paseo. ¡No estoy jodiendo ahora! Vamos a charlar, esto no puede seguir así, vos no te das cuenta de nada, creo que dijo o quiso decir. Yo tampoco tenía lucidez para discutir. Hacía el frío que hace cuando ya no son las dos/tres sino las cuatro/cinco. El bebé, dije. El bebé está perfecto, yo estoy mal. Cuando él decía eso era porque estaba furioso. Bajé el copete y entré.

El perro manchaba la casita del bebé, su cucha dentro del auto. Y después, ya en otro pueblo, oímos el rock mal captado de la radio municipal. La bruma borrando los tejados, los establos, las bodegas. La bruma de madrugada como un velo lechoso cubriendo animales dormidos, tambos y parroquias. Mi esposo se pone a tararear y silbar un tema en inglés. Temazo, dice y sube el volumen. The Smiths. Para él soy una extraterrestre porque no los conozco. Porque me parece de retrasado mental escuchar rock. Porque no me emociona la guitarra. El perro duerme con el hocico entre las patas. En el estribillo, And when a train goes by, it's such a sad sound. No..., it's such a sad thing, se le fueron las manos y apenas alcanzó a pisar el freno. Un ciervo adulto se vino contra el parabrisas. Cabeza primero y cuerpo después salieron como un bicho volador hacia la izquierda, la marca del golpe quedó sobre el capó. El perro gritó. Yo me doblé en dos, sin el cinturón porque siempre me olvido de ponerlo.

A pesar de ir despacio, me di la frente contra la guantera y quedé aturdida. ¡Podrías haberte descerebrado! ¡El cinturón, te lo dije mil veces! ¿Todos están bien?, y giró para ver el perro que, excitado y jadeante, empañaba las ventanillas. Pero, luego, pudo ver que el rope tenía una pata díscola que se movía al ritmo del limpiaparabrisas como si se rascara la cadera. Bajamos, mi marido con la bestia en brazos. La música seguía. El perro se lamió el cuerpo magullado. El ciervo huyó como pudo, rengueando, como si no entendiera que había sobrevivido. Mi marido miró los destrozos del radiador; después, se acordó y me abrazó. El humo pesado que salía del auto nos dejó ciegos y por un segundo él besó al perro en la boca y yo el tronco de un árbol caído. Hay que empujar, dijo, pero antes se apartó unos metros y se bajó el jogging. Tengo un marido obsceno. ¿Cómo podés sacarla ahora? ¡Y ahora qué querés!, dijo como los que mascan chicle en un entierro. El animal hizo el trabajo sucio lamiendo los restos del capó. Después se puso a agitar la cabeza de dolor.

Lo bautizamos Blood pero le dijimos Bloodie. Lo envolvimos en lo que encontramos y lo atamos con el cinturón de seguridad en el asiento trasero. Empujé mientras él aceleraba y después corrí al auto en marcha. Tanto corrí que

pensé que se fugaban. En casa lo encontré parado con las manos a través de los barrotes de la cuna gritándole al guardiacárcel. Mi esposo ya enjuagaba su auto a manguerazos. Bloodie lo seguía, pero con una cara de sufrimiento que no se aguantaba, lagrimeaba, arrastraba la pata, se retorció en la tierra haciendo agujeros. Nos fuimos a dormir. El iiiiiiiiii iiiiiiiiii de Bloodie retumbaba en toda la casa. Me levanté desquiciada, cacé la linternita del cajón de herramientas y fui hasta el garaje. Revolví todo, había tanta mugre acumulada sobre las maderas, los muebles en desuso, las sillas con rueditas, solo brillaba el telescopio, enfundado en plástico transparente.

No me iba a quedar con las ganas. Salí dejando la puerta entreabierta, el aire helado no tardaría en enfriar la casa.

Fui en botas de goma y semidesnuda hasta lo de mi suegra. No estaba en el campo sino en un spaghetti western.

Tomé la llavecita con llavero de pata de conejo, escondida en una maceta al lado de la puerta, y abrí. Si mi suegro hubiese vivido, habría tirado, a cualquier parte, pero se habría dado el gusto. Las camisas planchadas apiladas, los libros en orden en la biblioteca, nada hacía pensar que alguien había muerto tan poco tiempo antes. Subí por la escalera colgante tomada de las sogas. Ella dormía con la lengua empastillada. Mi suegra era una tabla, los ojos cubiertos con un antifaz y dos algodones en los oídos, sin pechos, un cuerpo asexuado como una mesa envuelta entre sábanas. A su lado, un piano y un dibujo japonés de un islote. Su habitación era nieve. Hice ruido tropezando con sus zapatos de cordones largos, pero ni parpadeó. Encendí una vela. Volví a mirar el piano, quise tocar una tecla. Busqué. Hay gente que necesita ver el mar. Yo necesito ver un arma, aunque esté quieta, sucia, descargada.

Cuando mi esposo abrió un ojo yo le estaba apuntando. Se asustó tanto que no pudo soltar palabra. Matalo, dije.

¿Qué, a quién? Iiiiiiii, iiiiiiiiii. Matá al perro. ¿Por qué lo voy a matar? Porque está sufriendo. ¿Y?, dejalo en paz.

¿Vos me hablás en serio? Iiii, iiii. Mañana llamamos al veterinario, dijo y se puso de costado. ¿Llamar a quién?

Matalo ahora, dale, dije, sacada. Pero ni se movió y roncó casi tan fuerte como los quejidos de Bloodie. Me quedé mirándolo dormir maravillada ante su

enorme cobardía.

Escopeta en mano recorrí la casa hasta el rincón de la cocina donde, torcido sobre un trapo roñoso, sollozaba de dolor. Apunté y sin pensar en nada, pero con actitud de soldado israelí, escuché en mi cabeza que me daban la orden. ¡Fuego! ¡Fuego, carajo!, y disparé el primer tiro de mi vida.

Los DÍAS DE LLUVIA en la ciudad la gente consume cine, teatro, restaurantes; en el campo, se cuentan anécdotas, creen que así combaten el sonido de hospital hhhh del calefactor en sus hogares. Tras la boda, iban sentados en el primer piso de un micro coche-cama. Viajaban vestidos como en la fiesta, con brillantina en el pelo y restos de papel picado en la ropa. Se habían sacado los zapatos, los de ella dentro de los de él. Iban de luna de miel al Sur, a una cabaña al borde de un lago. En el folleto decía «frente a un espejo». Ella dormía apoyada levemente en el hombro de su flamante esposo. Él miraba cómo la ruta se le venía encima. Y las marcas de las ruedas en el asfalto. Y las manchas de combustible. Y los animales aplastados hasta que sus cuerpos y el pelaje se funden con el pavimento. Y veía las nubes ya no rosadas sino grises. Hacía frío por el excesivo aire acondicionado, su esposa iba cubierta con su saco, el chofer tosía. La miró y se miró después en el reflejo de la ventanilla con el fondo de la noche ruterá. En la estación de alguna ciudad bajó y la dejó dormida. Le pidió fuego al chofer que fumaba apoyado contra el capó caliente y se quedó soplando humo entre los pasajeros. Caminó por la estación mugrienta y vio que, apartados entre los micros, una familia entera comía agachada. Y que varios viejos dormían en una fila de bancos; quizá se preguntó si los viejos se conocían entre ellos. Y que toda una parte de la estación estaba a oscuras. No se lo habían dicho a nadie y el vestido con volados lo disimuló bien, pero estaba embarazada, embarazados, decía ella. En ese vientre iba mi futuro marido. Después vio que el cigarrillo del chofer ya pasaba la mitad y se alejó para que la vuelta fuera más larga. Llegó hasta una casilla de madera entre yuyos, pasó por detrás y abrió la bragueta, pero no salió nada. Estaba seco. Vio que más allá de la estación había un pueblo como fantasma. El chofer pisoteó la colilla, se sonó la espalda y él ahí corrió. Los micros no esperan. Subió la escalerita caracol con un hombre que debía tener su edad, pero que a él le pareció mucho más joven. Buscó su asiento ayudándose con las manos en el techo. Ella dormía como en una cama, la boca entreabierta, el hilo de baba tibia. Reproducía el gesto exagerado de toda embarazada, las manos sobre el vientre. Él se acomodó y otra vez se le vino la ruta encima. Y las cruces con los nombres de los muertos sobre la banquina. Y los basurales con sus cernícalos. Y los cables electrificados llevando y trayendo la luz. Y lloró todo el viaje. Primero, frente a la tierra revuelta de un descampado. Después, en una curva que daba al mar. Más tarde, al oír el galope del granizo sobre el techo. Lloró y lloró. Cuando el micro entró en el destino final, él miraba todavía el paisaje ahora diurno, sin haber dormido casi ni un solo segundo. Ella se desperezó, sonrió plena y dijo buen día, amor, sin soltar su vientre que contenía ya el germen del mío. Este es el relato que escuché del viaje de luna de miel de mis suegros. Esto es lo que quedará para su hijo y los hijos de sus hijos. Un perro que hace caca en un paraje y así, inclinado, mira un micro iluminar su mierda y dentro un hombre contra el vidrio, llorando.

CON UNA MANO SOSTENGO A MI NENE, con la otra un raspador. Con una mano preparo la comida, con la otra me apuñalo. Qué bueno tener dos manos. Qué práctico. Ahí me esperan con el auto en marcha, corro intentando no tropezarme, tocan la bocina, ¡Ya escuché! Insisten en que esté con ellos, sentadita en el asiento de acompañante, el cinturón bien ajustado, con la expectativa del paseo dominical. ¿Adónde vamos?, dice mi suegra que ya abandonó el luto y se comporta como una viuda más, una de tantas en las mesas de los bares modernos comiendo masas secas. ¿Adónde quieren ir?, pregunta y siempre es igual. No puedo quedarme callada, solamente mirar por la ventanilla, tengo que proponer un lugar de paseo.

Ir a comer papas fritas con aperitivos al río, ver pasar a los veteranos que hacen esquí náutico con esos trajes de buceo. Ir a la ciudad, subir en fila india las escalinatas que llevan al campanario, mirar con la fascinación con que miran los turistas las cosas más pelotudas, una piedra, los techos rojizos de las casas. Ir a la quermese ambulante, a tomar un cafecito al centro, cerca del mercado, con tufo a carne asada. Hay que parecer entusiasmada y vivir. Hay que llevar al niño de acá para allá, comprarle globos, hacerlo girar en falso en la calesita, sacarle fotos, porque eso hay que hacer para que tenga infancia. ¡Vamos adonde sea, pero vamos!, dice mi suegra con esa furia del viudo. Recién ahora está volviendo a cortarse las uñas, recién ahora duerme de corrido sin palpar el cuerpo del gordito a su lado, recién ahora desayuna sin mojar el café con leche. Y, claro, quiere pasear. El hijo único lleva a la vieja, lo bien que hace, fuera de esta cloaca. Veo que cruzamos el puente colgante. Mi marido me quiere dar el volante y que practique en las alturas pero no tengo ánimo. Me da vértigo. Abajo hay médanos y familias sentadas en sillas reclinables de playa. Hay abuelitos en el día libre del geriátrico, chochos de estar con sus hijos y nietos, hay embarazadas con depresión escondiendo el pucho, hay heroinómanos en rehabilitación, hay de todo. Mi suegra quiere ir ahí. Estacionamos en picada y mi dorima clava el freno de mano antes de que terminemos bajo el puente. Ahí estamos nosotros también, la familia que sale a ver el atardecer. Como si no supiéramos que el sol se esconde y sale. Todos los días igual. El bebé gatea y mi suegra va detrás con dolor de espalda. Yo me aburro mirando a un cisne que va a flote sin sumergirse mordiendo tallos y plantas acuáticas, hasta que ataca el cuello de un perro sobre un bote, tan estilizado era el perro antes con su cuello. De repente, algo salva esa monotonía. Una ola de gente se agita en la costa, un murmullo crece. Se agolpan, se amontonan en dirección al río y veo que por el puente viene un patrullero, y dos, tres. Parece que hay espectáculo de fuegos artificiales, la gente se encima y ya somos todos de la misma familia. Un adolescente gay de trece años se despidió por Twitter y se vino a tirar acá. Antes agradeció el apoyo de sus seguidores. La

policía llama a los bomberos y entre todos no hacen uno. Ponen una cinta blanca y roja, pero, obvio, la gente pasa igual. Hasta mi bebé tiene intriga y le permito ver. Yo no quiero perder mi tiempo mirando a un muerto pesado sobre el agua.

Ahora causa sensación, adrenalina. Ya vendrá la época en que serán lo mismo un hombre vivo y un difunto. Esa sutil diferencia entre ser y ya no, apenas perceptible para el conductor de un camión de acoplado que pasa al lado de un hombre que duerme la siesta al costado de la banquina, o al lado de uno recién atropellado. Una diferencia apenas notoria para el camionero, entre un hombre tomando sol y uno, en la misma posición, con muerte cerebral. Lindo domingo pasamos.

SOBRE MÍ EL TURQUESA DEL BRONCE HERRUMBROSO, la tierra otoñal dando vueltas, el sueño interrumpido. Me visto dormida porque acabo de escucharlo. Salgo de la casa, sin zapatos, no vuelvo, me desplazo con paso animal hasta la tranquera. Que él esté ahí es aparecer lo que pide mi boca. Pedir un relámpago y que el cielo responda. Pedir una textura de arena blanca y que el pueblo se transfigure en playa. Pedir un caballo y que pase, lento, rozándome con el lomo. Lo bucólico campestre, la pequeña entrada al estanque, los frutos caídos, un pantano, hasta mi fábula de Beatrix Potter se torna excitante. Lo insulso me embriaga en su boca. Está parado frente a las rejas que rodean mi casa. Lo miro mientras me mira y sé que después me iré a vomitar a lo largo del bosque. Lo miro y sé que después voy a tener pico, plumaje y garras. Al principio, como ocurre al principio, no sé si tengo que echarlo o clavarle el rastrillo en el pecho, pero después, como disparando destellos plateados en el aire negro, nos besamos. Mi marido dormía y el bebé caía de la cama. Una piedrita que resbala de un barranco.

TODO TUVO DOS COMIENZOS SIMULTÁNEOS: un sueño nocivo para uno; los preservativos encontrados en la guantera del auto, derretidos por el sol de ese último verano infernal, para el otro. Todo siguió su curso con sermones, dudas y pruebas. Nos comimos la cabeza, nos la picoteamos como en una riña de gallos mientras en el aire pasaban aviones militares haciendo ejercicios. Entrenándose para una guerra que no habrá. Cada tanto uno giraba en falso y yo veía el ala incrustada en mi pómulo. Ayer soñé que te encontraba en la cama con el vecino, y eso que yo no recuerdo nunca mis sueños. Lloré toda la mañana, dice él. Mirá vos, y yo encontré preservativos en la guantera, qué hacían ahí. A vos no te parece cómodo coger en el auto. No contestás lo que te pregunto. Es que no preguntaste nada. Te conté el sueño. ¿Me vas a decir que soñé porque sí? No sé de qué vecino hablás. El que apareció a mitad de la noche, el que pasa todos los días con la puta moto. No sé. Dicen que hay que negar todo, incluso frente a la evidencia. Llegado el caso, niego que yo sea yo. ¿Qué le pasa, qué quiere? ¿Quién? La próxima vez bajo y le pregunto, a ver qué quiere; yo también tengo mis sospechas. ¿Sospechas de qué? Decime sin vueltas quién es. Nadie, dije ya dada vuelta. Pero sentía su mirada como una cuchilla sobre mi garganta cada vez que se acercaba. No me tomes por idiota, eh. Y yo seguí que no, que no, pero me había envenenado su pelo negro. Algo clásico. Es como si pudiéramos entrar ahí, descalzas, desnudas, internarnos. Como en un bosque privado que nos enselva. Si me decís no me voy a enojar, pero necesito saber. ¿Pero qué iba a decirle? ¿Qué se puede decir? ¿Entró en mí como una serpiente entra en la boca de un cocodrilo? ¿Como una serpiente se devora, se lastra, lenta pero irreversiblemente, un pájaro? Entró en mí, punto. Directo, deslizándose, arrastrándose, destruyendo las malezas de mi cuerpo enfermo, se instaló entre mis órganos vitales, nadó en mi sangre, me descompuso y se hizo un lugar a puro machete. ¿Eso voy a decirle? Y, una vez adentro, escuchó el eco de mi voz. Y en mi oscurecido cuerpo encendió una tenue luz y me mató. Pero como si fuera de amor. Me parece que se dio cuenta de que algo malo pensaba porque en un movimiento torpe se aferró a mi brazo y me clavó la uña. Me hacés daño, dije plagiando la cadencia lastimosa de las divas de melodramas. ¡Decime qué pasa! Pero nadie, nunca, quiere la verdad. Nada pasa. Mentirosa, falsa. ¡Solo decime si te acostás con él y te dejo en paz, te juro! Y la perorata de los celos, el bla bla bla que destruye simultáneamente al celoso y al celado, dio rienda suelta a patadas, golpes, idiota, pelotudo de mierda, loca histérica y demás banalidades. Hasta que corrí hacia fuera de la casa, por primera vez, atravesando el vidrio de par en par. Y toda roja crucé los pastizales como si fuera una pradera y en el camino atropellé conejos y lechuzas, o ellos me atropellaron a mí. Y me tiré como es costumbre en mi cucha, mi caverna, entre árboles podados. Me parece que mi esposo me buscó y luego se cansó y se echó a dormir. Yo me quedé arrojada, con las medias húmedas, con la sangre fría y seca empastada al cuerpo, con el

temblor que iba ganando. Así empezó la larga noche, mirando tumbas hasta el sol. Peinándome y durmiéndome bajo el reflejo de las lápidas. Leyendo nombres de fallecidos que no conozco. Esa fue mi vida o desde entonces así iba a ser.

Cuando tengo sexo conmemoro aniversarios de ausentes. Cuando me enamoro, ahora mismo, mientras me sacudo, echo tierra sobre un cajón. Qué importa de quién.

Y cuando me masturbo profano nichos y cuando acuno a mi bebé digo amén y cuando sonrío desconecto un respirador artificial. Por eso el beso, porque, de todos modos, desde hace tanto e, incluso, desde antes de nacer, y mientras mi esposo anda gritando por ahí de celos, estoy muerta.

HACE DÍAS QUE ME TIENEN CURÁNDOME LOS TAJOS. No me puedo ver entera, pero tengo en los omóplatos, en el pecho, en la panza, en el cuello, por todas partes. Son tajitos nomás. Cada enfermero nuevo se toma treinta segundos extra para mirarme sin hacer nada y dejan que lo note. No se trata de eso, pero bueno, digo, no sé. Me alumbran sobre la camilla y me sacan vidriecitos, hojillas y esquiras. Me sacan del cuerpo cristales, espejitos, petalillos, fetas de vidrios. Primero una pequeña úlcera y al otro día, o al otro, aparece un brillantito. Me dan analgésicos y me desinfectan. Me trajeron directo desde el pasto, inconsciente. Es la primera vez que me desmayo y me voy del mundo. Ahora se supone que tengo que caminar lento, ni pensar en correr y poner los pies en alto.

Ahora tengo el empeine de una cebra. No vuelva a tajearse sobre la cicatriz, me dicen, y parece que es algo muy usual en los pacientes, esto de insistir. Mi marido entra diciendo toc toc y primero me da las flores. Me besa esquivando las cortaduras de la cara, que no van a quedar.

Algo hay que decir y se me ocurre no le toqué ni un pelo.

No sé de qué hablás, dice. Eso, a él, ni un pelo. Bueno, responde, no sé. ¿Y vos?, qué hacían ahí los preservativos. Qué tenés que hacer tan seguido en McDonald's en vez de volver a casa temprano para estar con nosotros.

Buena estrategia, dice y me acaricia, pero, justo, justito, sobre el tajo que tengo en el cuello.

EN EL PISO ARRANQUÉ UNA Y MIL VECES el pasto mezclando en mi mano el verde y el amarillo, la tierra y las lombrices. Linda paleta para una pintura macabra. Arranqué y arranqué agitada. Pero no me calmé. Corrí a la casa y en la habitación tiré la silla antigua de madera contra el espejo y saqué la puerta del placard de un golpe y el ala de la ventana de otro zarpazo. Se me estrujan los ovarios y tengo en la bombacha un coágulo que se me escapa por las piernas. No es otro embarazo, creo, es rabia. Corro espásticamente, los tajos tiran. Nunca hice deportes, en la escuela me tiraba del trampolín y caía al fondo del agua sin intentar volver a la superficie mientras afuera hacían mímicas de desesperación. Mis compañeros que gritaban ¡que se ahogue, que se ahogue! ¿Dónde están ahora? Me aprieto la grasa de la panza que quedó del embarazo, se me ocurre ahora que es de un embarazo perdido, pero no, nada que ver. Son las sobras de mi cuerpo. Mi marido corta leña con el bebé en el cochecito. Escucho la sierra. El niño mira fijamente los pedazos de madera que se quiebran, se desprenden del tronco y caen. El niño mira a su mamá romperse, desmoronarse. Pero sonrío al ver los residuos en el aire y piensa que son copos de nieve oscura sin preocuparse por mí, alegre con la preparación al invierno. Debe pensar que tiene una madre estándar a la que dar los primeros dibujitos del jardín. A su lado, un árbol antes pleno de vida se deshilacha. Nunca estuve tan lejos de mi hijo.

Cuerpecito sin conciencia. Cabecita inculta. Mamá, yo, corro y me arrojo desde un pozo de lluvia a los altos pastizales no podados. Donde mi cuerpo quedará años sin ser descubierto y será verdad forense. Mi aliento de búfalo me sofoca. Podría empañar vidrios enteros, los ventanales de un castillo, ciudades espejadas por ríos angostos. Soy una bestia que respira lento y pesado, que saca el aire al resto.

Miro la noche y me parece un baúl con candado. Un viejo vagón que va al infierno. Busco en el aire tupido la grieta por donde atenuarme. ¿Qué querés de mí?, dice mi marido.

¿Qué necesitás ahora? ¿Hay algo que pueda hacer? Y me pone delante un almohadón. Pero un almohadón no me alcanza. Pego una piña al aire y mi esposo sale corriendo y regresa con un par de guantes de boxeo rojos de su adolescencia. Me los pone, pego tontamente dos porrazos cruzados a su nariz y me los saco. No quiero guantes ni ring.

No quiero paragolpes. Quiero ver mis manos hechas de huesos dispararse en todas las direcciones. Cogeme, le grito con una voz que me sonó perruna. Cogeme de una buena vez. Pero lo que tenía ganas de hacer mientras se acercaba

a mí erecto era comer flores venenosas, champiñones venenosos, piedras. Acabar este largo día difuso, tormentoso. Me tiró sobre la cama, el bebé seguía frente a las maderas cortadas, se estiraba para tomar la sierra.

Me abrió las piernas. Me hurgó con sus manos callosas.

Cuando grito cogeme lo que menos hay es apetito. Y mientras entraba su pedazo de carne saliente en mi hueco, si eso es hacer el amor, estamos locos, deseé una habitación blanca por la que entre el aire de mar, la sal picante en mi lengua cortajada. Alguien me cura los ojos, adiestra mi mirada y me deja en un lugar infinitamente más calmo que este chiquero. Ese otro escarba en mí buscando oro.

Porque hay oro. Pero nadie sabe escarbar. Ni siquiera él.

Cuando mi marido se achicó y salió sentí que palpitaba y, aunque lo mordí, lo amé. La sierra empezó a andar.

No IMPORTA QUE PASARA LA MAÑANA ENTERA pensando cómo traducir mi estado de encierro. No importa que caminara a lo largo del río seco y verduzco recorriendo mentalmente mil palabras sin encontrar la correcta. Mi suegra me objetó de lejos con el bol de comida mezclada para gallinas por qué no hacía algo de gimnasia. Qué hacés toda la mañana yendo y viniendo. Podés ir a un curso de yoga gratuito que hay en el centro, yo te lo cuido, mientras. No importa si pensás en un soneto de Shakespeare, si hurgás en tu consciencia buscando un minuto en el que hayas sido libre y que no encontrás. No importa el cerebro y sus referencias, sus elucubraciones, su indagación de símbolos, su afán. Importa qué hacés, adónde vas, si te movés. Al final, son como mis vecinos encerrados en muros de madera sin pintar. Estos gitanos salidos directo de un universo brutal, sin ley, sin moral, sin relación con los locales modernos de luz eléctrica, con la música pop, con las democracias capitalistas y la abolición de la pena de muerte. Melisa, la de enfrente, de treinta con cara de cincuenta, boca finita y cerrada como una fisura, largos pelos cobrizos pegados en mechones que dejan ver la piel del cráneo, con un aire a muñeca de terror. Su hija de doce, Jacqueline, desvirgándose en la casa en desuso del lago, ese antro gótico, levantándose la pollera entre gemidos alcoholizados. Seguro que le llenaron de huesos la panza a la coneja, criada y nacida en ese mundo sórdido de cafés piojosos plenos de asistidos sociales, débiles motrices y trajes de lino con alpargatas azules. ¿De dónde venís? ¿Qué hacés mañana? ¿A qué hora te levantaste? ¿Practicaste pronunciación? ¿Vocabulario? Así nunca vas a pasar las entrevistas laborales.

¿Adónde van? Oí y entré jadeando al bosque. Una yegua de carga parturienta no lo habría hecho más lento.

Y ENTONCES VI EL AIRE SATURADO de una tensión sexual invisible. Rembrandt. Las bellotas caían y caían y caían tan lentamente, tan pesadamente, entre la copa del árbol y la tierra, que parece que dormían en el aire. Que lo cortaban con rayos dorados. Caravaggio. Ese soponcio, ese aire soñoliento de ver las hojas dar una y dos y todavía más vueltas antes de llegar, una hoja que cae, y la otra y la otra. Ese clima que entreabre la boca. Que vuelve agua dulce la saliva. Adiós al moho y a la negrura. La muerte del verano convertía el bosque en silencio y suspiros. Me tiré a un costado con el cochecito y dormí. Y soñé que lloviznaba. Pero no, era el ruido de las alas de las mariposas que se chocan entre sí. Esa sensualidad ligera de las mariposas nocturnas. Mi corazón latió en mis orejas.

Me incliné para ver a mi bebé y olvidé que salió de mí.

Buen día, niño del bosque. Él miró dos carpinchos apareándose e imitó veloz los gestos con su pelvis chiquita.

Mi bebé ya cogía, tosco como ellos.

Si LEVITAR ES ALGO, mirarlo a los ojos era lo más parecido.

El ciervo aparecía justo al caer la noche y se detenía al fondo, entre el bosque y el jardín. Desde la casa podían verse sus cuernos en ramas como un candelabro judío.

Esa mirada es un momento que dura todavía. Giró la cabeza y aparecieron sus pupilas; ahora estoy ciega. El niño estaba entre mis pies, echado sobre la hierba. Antes de huir, el ciervo tiró la cabeza hacia atrás por el peso de los cuernos y abrió la bocota en U y pareció que aullaba, que deliraba, que su boca era una fosa. El bebé se revolcó, el animal salió de escena. Pero quedaron sus ojos flotando y su bramido. Cuando todo fue negro, y no había atrás ni adelante, regresé con él agarrado de mis pelos, tocando el pasto para saber por dónde voy. Su nariz acuosa chorreaba sobre mí, giré para limpiarnos y pateé una brasa que me astilló el pie. Mi marido, harto de mis accidentes domésticos, dispuso botiquines de primeros auxilios en el baño, en el salón y en la cocina. Ya me quemé las yemas, ya me abrí la cabeza, ya me tajeé entera. Él sale de la ducha pálido y desnudo. La tiene parada y está triste. No tengo ganas de hacer nada, dice, ni de ver la tele. Yo le hago fuck you con mi dedo más desgarrado y me voy afuera, detrás del ventanal recién repuesto, dejando al bebé sentado frente al fuego. Al mirarlos tengo la misma sensación de la araña al ser tocada por el agua. Los observo muerta de frío. Mi marido busca una toalla, la apoya sobre el sillón, se sienta arriba y se deja secar. De a poco se le va bajando y la piel se le vuelve naranja. El bebé trata de levantarse sosteniéndose del aire y cae una y otra vez sobre el pañal. Los miro ahora pegando la cara al vidrio, mi aliento los borra, los elimina de mi vida. Ya está cantado, el bebé gatea hasta la chimenea y en segundos va a necesitar el botiquín. Apuesto a que el padre no se mueve. Podría ser millonaria si me hubieran dado todo el dinero que gané en apuestas. Y la ganadora es... El bebé pone las manos en las brasas, el padre reacciona a lo Bush frente a las Torres Gemelas.

Lo veo salir corriendo a buscar vendas y antiinflamatorios con la toallita en la cintura. Se le cae la toalla, no sabe cómo calmar al niño que no llora ni grita, despedaza el silencio con gruñidos. Le pone Merthiolate en la palma de los pies y las manos. Su sangre parece espuma. Es un extraterrestre. Niñito rojo revolucionario. Yo no entro porque soy una marginal, no sé hablar sin insultar, espío mi propia casa y hace días que no me baño. Lo veo venir contra mí, contra el vidrio, resoplando por la nariz, y sé que cuando abra el ventanal voy a ser un cisne negro, y cuando empiece a gritarme voy a ser un pato castrado.

Voy a entrar. Voy a dejar de pedirle peras al olmo. Voy a contener mi demencia, a usar el cuarto de baño. Voy a acostar al niño, masturbar al hombre y dejar la insurrección para mejor vida. Yo, que quería parir un hijo no declarado. Sin registro. Sin identidad. Un hijo apátrida, sin fecha de nacimiento ni apellido ni condición social.

Un hijo errante. No parido en una sala de partos sino alumbrado en el rincón más oscuro del bosque. No silenciado con chupetes sino acunado con el grito animal.

Lo que me salva esta noche y el resto no es para nada el amor de mi hombre ni de mi hijo. Lo que me salva es el ojo dorado del ciervo, mirándome todavía.

EL BEBÉ LLORABA con falsas convulsiones. Cayó agua del cielo y el cloro no alcanzó para evitar que la pileta se oxidara. El reflejo, ahora más espeso, dibujaba los árboles retorcidos con sus plantas parásitas. Me lo até al cuerpo y fuimos un canguro con su cría trotando a lo largo del predio con espinas, abejas y flores silvestres.

Corrimos sobre los montones de tierra que los intrusos subterráneos, ya instalados definitivamente, estaban dejando por mi parque. Andaba sobre un gran depósito de cientos, miles de lombrices. Salté con mi cangurito para aplastarlas. Me lastimé los tobillos y, mientras trotaba hacia el verde espeso, me arranqué gorgojos y ortigas agachándome a un ritmo regular, lo que daba a nuestro galope un aire de mono divertido. Al llegar al bosque lo desaté y lo dejé andar cuesta abajo. Un instante después lo perdí de vista, corrí con los brazos. Algo dije. Escuché un disparo y di vuelta la cabeza con la misma intriga cándida de los bambis. Paré las orejas.

¿Qué fue ese estruendo? ¿Dónde está el bebé? Mi corazón se aceleró tanto que pensé que lo vería embarrado entre las hojas caídas. Después lo busqué como solo una madre busca a un hijo. No corriendo ni caminando, no mediante acciones físicas. Lo encontré acostado sobre unas ramas más altas que lo que yo hubiese trepado.

Me hacía cu-cu ma-ma con la mano. Apenas camina y ya pudo treparse a un árbol. He parido a un pequeño bárbaro. Subí y nos quedamos abrazados. Desde allí, vimos el agua balancearse de un lado a otro del bosque ya convertido en selva. Los pequeños cráneos de conejos.

Vimos también la muerte de un pichoncito desprendido de su nido. El pico negro y afilado de su mamá abierto de pavora. Le di de probar el agua empantanada del estanque. De comer los pétalos de las flores más coloridas y perfumadas. De morder las hojas para beber la savia.

Imitamos los sonidos de los animales y fuimos parte de ellos. Nos respondieron las aves diurnas y nocturnas y hubo ese grito sereno que se torna fúnebre a la mitad.

Esa vocal simpática Aa que se vuelve consonante ronca, temible Oj. El pájaro que grita y es dos pájaros. Sano e insano. Manso y asesino. Metí a mi hijo en el agua helada y sin querer lo bauticé. Que Dios me perdone. Vi que estaba demasiado blanco como para ser real. No era un niño sino un cuadro, el boceto de

un niño, un arquetipo. Había languidecido. Como las bestias que paren críos muertos a la mitad del camino y se quedan ahí durante días después del nacimiento pateándolos para que resuciten, lo sacudí y lo envolví en mi carne roja. A medianoche se reanimó. Ya terminada la hora entre el perro y el lobo, es el turno del murciélago. Lo empujo con las patas, lo arengo, pero sigue jadeante. Nos rodea la autopista y, más allá, los alambrados electrificados de vacas blancas con cuernos cortos. Estábamos en un coto de caza.

Unas voces dicen nuestros nombres que ya olvidamos.

Nos buscan. Bla bla bla o co co ri co da igual. Mejor harían en cerrar el pico. Los animales se burlan de ellos. El ciervo se detiene como embalsamado, los ojos de vidrio.

Está conmovedoramente quieto. Él es mi hombre. El que sabe mirar mi tristeza infinita. Los otros son apenas hombres. De qué sirve ser uno de ellos si el idioma que hablan no alcanza. A mi hombre le falta humanidad, es cierto, pero quién quiere humanidad. Mi hijo le tira de la oreja triangular y de su trufa negra, pero el ciervo no ríe. Disimulémonos en el paisaje, cubramos nuestra piel de tierra y verde. Gritan más fuerte. Son los vecinos con lamparones que nos quieren arrancar de nuestro enselvamiento. Es papi. Hay medio mundo allá arriba, pero nadie nos hace bien. El gentío hace daño, es una punzada.

SONÓ EL TELÉFONO, dejé al bebé con el pañal colgando y alcancé a decir poco y nada. Hola, mmm, es así, es así. Me delató el tono, podría haber dicho ¿cómo está la familia? o qué temporal se nos viene. Es siempre el tono y la manera de clavar los ojos, de entreabrir los párpados, con liviandad, con rudeza. La lengua seca o empapada. Oí un grito: están matando a mi hijo. O están atrapando por el pescuezo a un ternero. Algo hay. Una carnicería organizada allá afuera. Pero es acá dentro. Mi marido se acerca y pienso que esta vez por fin me toca. Trago pero no tengo qué. Todo se lo llevó él. Me dejó una boca por la mitad, rocosa, una boca de aire áspero. Mi cónyuge escuchaba todo detrás de la puerta, el dramaturgo de mi vida es muy mediocre. En cambio, me dijo que cortara, dejara al bebito con la abuela y que saliéramos ya a practicar manejo, que tengo que sacar el registro con urgencia, que no puedo ser tan inútil, que qué pasa si de pronto tengo que salir a las corridas porque le pasó algo a nuestro hijo.

Que la gente en estas zonas no tiene tanto espacio para ser imbécil. Tengo la sensación de que apenas entre al auto me ahorca con el volante. Estás destrozando el embrague, meté el cambio, mujer, grita. Era la hora en que las moscas dejan en paz los ojos del caballo después de haberlos torturado en cada pestañeo durante todo el día, ellas, en hileras negras, en remolinos oscuros se van y los dejan solos y ciegos. Los animales nos seguían intrigados. Y mientras mi familia sucumbía a las radiaciones de la infidelidad, meto la mano en el alambre de púa que divide bestias de hombres y espero que el caballo se digne a galopar con las fauces abiertas y descargar su avidez en mí. E incluso cuando escucho la palabra divorcio pienso qué experiencia de lujo es estar tirada contra el piso de un paraje mugriento cerca de un cementerio municipal.

Bosta y paja alrededor, pero tener un cuerpo hambriento encima, que no es un cadáver, que no es un prisionero de guerra, el lujo de tener sobre las tripas un hombre entero, pies y cabeza sobre mí. Un paisano camina con un fusil al hombro, lo perturba un árbol retorcido y le tira a matar. Tatatatata, hubiera querido luchar en el frente.

Llena de agujeros el tronco pero no cae. Se tambalea y sigue en pie. Mi marido hace como que no llora. El tipo encima de mí se mueve con ondulaciones de cadera, me toma del cuello, me hunde, no le veo los hilos a la pasión y sigue siendo apasionante. Telón. Abogados y disolución de la familia de común acuerdo. Cifras, firmas, leyes, papelerío. Pero eso no va a ocurrir. Busco a alguien que pueda perturbarme como lo haría un animal moribundo.

Y cuando deseo soy una vaca con la cabeza atorada. Y si deseo soy un

ciervo entrando al bosque como lo haría un novio a la iglesia.

RECUERDO LO QUE NO ESTÁ. Una isla habitada por hombres que buscan belleza y solo la encuentran en la vastedad del encierro. Me reconozco sádica. Digo que no hay posibilidad sin alma, como no hay imagen sin el otro. Pero no tengo otro. Ni alma. Escribiré el signo fatal sobre tu vientre y luego marcharemos hacia una tierra húmeda, me prometió un joven enamorado. ¿Qué fue de eso? Esa noche está a cien mil noches y el enamorado está perdido. Sigo esperando a que aparezca entre las espirales que surgen de mi boca. Llevo grabados olores como a fuego fatuo, el de unas manos en la penumbra, el de una espalda blanda, el de una garganta endiablada. Terminó y se fueron todos. Sigo siendo una pequeña bruja que espera encantar. El vecino sucumbió a una sobredosis de heroína con su bebé en brazos. La de las ventanas tapiadas se asfixió con el humo de su propio fuego. Los animales se extinguen antes de reproducirse. Eso es morir por estos pagos. En cambio, en mis noches soleadas en la isla, todo era tertulia, ensueño, besos furiosos. En cambio, en la dorada época en que existí, todo fue fruición de sexo redivivo. Una oleada de antipatía por el mundo brota desde lo íntimo. No sé qué pensarán las bestias que ahora forman un círculo y me miran atónitas, las mandíbulas desprendidas de sus cuerpos. Caigo de rodillas. Si un lugareño pasara con una canasta buscando setas y frutos creería que es un acto de misticismo.

AHORA LA QUE LO ESPÍA soy Yo, en bicicleta. El marido en la autopista, al menos eso dijo, el nene a salvo en la casa de la abuela. Seguramente está siendo bien alimentado y de paso ella aprovecha para no dormir sola. Dentro de su hogar, el padre calma las convulsiones de su ángel sin cerebro. De su gatita sin bigotes. Lo veo balancearse apretándole los huesos. Reventándole las caderas. Los ojos de ella dados vuelta de regodeo paterno. Qué le hace el padre a la hija. La chica protesta. Le babea la cara. Es una lobita enjaulada y malcriada. El padre la aprieta demasiado. Le tira del cuerito, la besuquea. El costado izquierdo del cerebro es plano, salió a la madre. No habla, no camina, no se sienta. No llora. No toma agua. Las convulsiones terminan. La electricidad se va del cuerpo dejándolo flojo. La hija queda abatida en su cuna, las piernas y los bucles salidos. El cerebro sin relieve no impide que el cuerpo siga su curso hacia la podredumbre, que menstrúe, que deje de menstruar. Lo veo enfundarla con un acolchado de plumas y volverla faisán con su anillo de plumas blancas alrededor del cuello. ¿Qué estará pensando ella?, ¿lo recordará cuando tenga memoria?,

¿qué se dirá para sí, sin palabras, sin lenguaje?, ¿qué pasa en su malograda cabeza? Una niña en estado de senilidad. El padre la arrulla, acaricia sus tobillos. Mi deseo alcanza para entrar por la ventana de un golpe seco con el puño y violarlo de parado frente al aliento infantil, frente a las estrellitas fluorescentes pegadas en el techo.

Mi deseo con los ojos cerrados lo invoca y mi cerebro pensante entrenado en argucias retóricas se aplana. Él mira hacia la noche como se mira un cofre en lo oculto del océano y yo me escondo como un ratón debajo de un mueble. Él sale en pantuflas, el cinturón colgando, y toma la precaución de agarrar un fierro antes de ver qué se mueve entre malezas. Es un cavernícola con el pelo suelto, las rodillas separadas en un arco, es un primate.

Retrocedo y caigo en una fosa. El barro destroza mi feminidad. Él apunta a mis patas. Tiene ganas de decapitar al intruso para sentirse un macho cabrío. Un padre de familia. Para clamar desde la cueva. Toca mi vientre con el fierro y lo hunde en mi carne flácida. Se huele las axilas para darse coraje. Tirada en el hoyo solo quiero sacarme la pollera en una habitación que dé al río o desde la que se sienta el río venir con sus rocas en punta. Mis piernas sobre las del padre alto, huesudo, sacarme la pollera y poner mi bombacha en su cara, la cadera en sus cejas. Volver esos ojos más bizcos. Volver su boca fucsia.

Su hierro tantea mi cuello, en el horizonte campestre no hay animales, se dejaron arrastrar por la corriente. El aire está cubierto por una fina ceniza. Él

vuelve a palparme y yo me zamarreo. Por fin reconoce mis movimientos y me rescata tirando de mi lomo barroso. Desde la ventana oímos aullar a su chiquita. «Señor, danos la paz que la Tierra no puede darnos». Y en sus brazos oí el bwa bwa bwa o pfa pfa pfa del agua contra la costa a veces de piedra, a veces de cemento, a veces una inclinación suave resbalando hacia la orilla. Es la hora de la cena, del campanario, del monasterio, de las ruinas. Me guía de la mano hasta su casa pero entro sola al altillo, ni idea dónde quedó su mujer. Una cama simple, una silla, un tapiz romántico bordado por la otra. No se necesita amueblarla. Entra y cierra con la llave de hierro. Abajo en la casa ellas van a creer que somos dos roedores bailando tiqui tiqui tiqui. Su presencia me apuna. Me toma del cuello y me aspira. Lo dejo ir, a mi cuerpo. Que se quemé, que se enrojeciera. Él se saca la ropa y acuesta su metro noventa sobre mí. Los pies por fuera del colchón.

Nos mutilamos y me veo reflejada en partes desiguales como un caleidoscopio. Mi boca abierta son varias bocas.

Giro y me subo sobre él felinamente, si hubiera podido lo habría sodomizado. Gozo, pierdo la noción. No es día ni noche ni altillo ni campo. Pero antes de eso miro su cara y hago lo imposible por retenerla. Y obviamente no puedo y se me viene como un alud la oscura luz de la mañana siguiente donde estaremos uno dentro de otro.

Y ASÍ SE LEVANTÓ DE LA CAMA ANGOSTA en medio de la noche mientras yo seguía desnuda. Me había dejado una nota sin lírica. El comienzo del espanto seco. Algunas horas antes habíamos levitado, pero qué es al día siguiente la noche anterior. Salté de la camita con la boca descascarada. Abajo, los tres habían salido de compras. Cuántas veces entró y salió de mí, el aire del altillo hecho de miel.

Cuántas veces el deseo rozó lo insoportable, la boca de un caimán abierta a más no poder. El río me arrastró y fui una rama seca. Pedaleé los veinte kilómetros hasta mi casa queriendo vomitar. Pedaleé y pedaleé sin separarme de su gusto en mi saliva. El deseo me siguió a lo largo de toda la carretera, pegajoso, maloliente y servil.

Quiero un tratamiento agresivo con láser para olvidar su mandíbula, para deshacerme de su frente. Lejos, entre balas de pasto empaquetado, un joven que nunca vi iba haciendo equilibrio sobre la rueda trasera de un scooter, de su labio inferior colgaba un pucho. Tal vez mi hijo en unos años. Sigo pedaleando con mis piernas largas y quisiera patear el piso como una yegua con colmillos. No sé traducir lo que siento. Tengo quince años y acabo de hacerme la última prueba del vestido blanco.

YA PASARON CINCO SEMANAS y no tengo claro si te pasa algo con eso. Dejé de contar, ¿quierés?, es horrible. 5 semanas, 35 días, 840 horas, no puedo dejar de contar. Vas a tener porque así no voy a poder, y no son cinco, son tres, ¿o te olvidaste de cuando volvimos de vacaciones?

¡Son cinco! Fue una noche que llegaste de un viaje, te acordás. El día que dieron el programa de los tipos encerrados en la isla por última vez; yo te insistí y, después de pelearnos, estuvimos juntos en el sillón, lo tapamos con una toalla, me acuerdo de la posición y todo, y después vimos la final. Para mí estuvimos otras veces después, ¿o en el viaje nunca acaso?; pero no quiero discutir. No, me acordaría. Qué, ¿anotás cada vez? No hace falta que anote. Bueno, como sea, ¿quierés ahora?

Como quieras, esta noche, si te parece, pero no me lo hagas de favor. ¿Alguna vez lo hice de favor? ¿A vos te parece que dejé de darme cuenta de lo linda que sos?

¿Después o antes de cenar? Mejor después. ¿Tipo doce?

Sí, doce, después de acostarlo, pero, te repito, de favor, no. OK, primero vemos el noticiero, parece que tiraron misiles otra vez. ¿Serán los misiles... o los latidos de mi corazón? Descolocarlo no es difícil, pero si lo hago reír lo tengo por treinta segundos donde quiera. ¿No será el pucho el que te hizo caer la libido? Así que mejor evitarme la ventaja. ¿De qué caída de libido me hablás? Ponerlo molesto es lo más fácil de todo. El pucho te saca ganas. No digas cualquier cosa, el pucho no me hace nada. ¿Y entonces por qué nunca tenés ganas? ¿Ganas de qué tengo que tener? Pero, a continuación del pucho de la cena, del olor a comida acumulado en la piletta y del café, lo fui a buscar con el hombro descubierto y dijo que estaba fusilado, estoy silado escuché como una gárgara tras el buche de humo. Tenía los labios alquitranados, así que por las dudas contenía la respiración para evitar oler su aliento. Me quedé merodeando depilada, con bombacha nueva, bañada. Me quedé por si me agarraba de la cintura, por si me metía mano, por si se le daba por tirarme contra la pared o en el sillón como la última vez hace cinco semanas, no tres, si fueran tres estaría mejor; y las vacaciones no cuentan. Así fue que nada.

Pero nada. Y eso me altera los nervios, me pone los caninos como sevillanas. Lo puteo, le hago fuck you, me salen pezuñas. Voy al baño, cierro la puerta y me tiro en las baldosas frías. Y meto los pies en la ducha. Y me muevo con espasmos. Para nadie. Mi marido quiere cagar.

No lo dejo entrar, pequeña venganza, que se aguante. Yo aguanto también, soy una víbora en celo enroscada entre el bidé y el inodoro. Dale, dejame entrar, por favor, después lo hacemos, te prometo. Me chantajea, ahora que se curta. Te suplico, no j odas. Y yo trepada al inodoro le hago todo un planteo existencial con toques filosóficopsicoanalíticos y, cuando termino el monólogo, él dice: todo eso está dentro de tu cabeza. Al final salgo porque me da lástima, me da un pico desabrido que no me sirve para descargar, necesito un búfalo y me dan un puercoespín. Me empuja, me saca afuera. Lo escucho defecar, el sonido del agua al caer. Lo espero en la cama. Leo a alguien, ni sé a quién, pero solo pienso en saciar mi cuerpo que va detrás correteando, sudado. Tiro el libro.

El bebé duerme torcido, tosiendo como un tabacalero. Lo acomodo y me duermo, mi marido todavía en el baño jugando con el teléfono. Me termino sacando el corpiño, me lastima el arco, me termino cambiando la bombacha, me froto la cara y me lleno de crema. Después, nada. De madrugada me despierta un griterío agudo, de trompeta. Un silbido enredado. En el salón el fuego está apagado, soplo pero solo levanto polvareda y la ceniza se me mete en la nariz. Escupo. Estornudo. Tengo alergia. Intento infructuosamente encender el fuego. La agitación sigue. Se están trenzando allá fuera hombres y animales. Hubo un choque múltiple entre un camión de gallinas y un auto con una familia tipo. O un canguro está pariendo una manada y se le quedaron atascados. Salgo descalza. Me empapo, resbalo en las piedras, busco el enjambre de voces y gruñidos. Voy al camino, al bosque, al descampado adonde van a procrear los turistas dejando sus desechos de plástico. Viene del cielo. Cientos de pájaros se entrecruzan, embrollados. Nadie los guía.

El norte y el sur confundidos. El bebé llora su cuota de angustia matutina, su pesadilla del lobo hambriento entrando por la ventana. Lo meto en la cama con mi marido. Los hago abrazarse, están fritos, se aspiran el aire bucal. Mi vástago vampiro va a salir fumador. Vuelvo a salir. El cielo me atrae por primera vez. Los pájaros se sacan de quicio y elevan sus corvas. Hasta que uno va hacia el sur y el resto lo sigue, berreando. En la habitación lo encuentro debajo de la cama a los gritos pelados, parece un pájaro más. No sé qué estamos haciendo de nuestro pequeño deforme, de nuestra carne. De nuestras vísceras mezcladas. Estamos dejando que se críe entre arbustos y huesos. Estamos dejando que se raspe, se estrole. ¿Cómo me lo vas a dejar si me ves que estoy durmiendo?, dijo y se volvió a ir. Me acosté entre mi marido y nuestro hijo. Los miré respirar. Lanzarse el aliento dormido. Miré una cara, miré la otra. A mí en el medio.

Me aburrí de sus facciones, me alarmé al ver que, después de mucho mirar,

dejé de reconocerlos.

A LAS SIETE EN PUNTO el bebé se despertó sin importarle que fuera domingo. No falla su reloj interno. La niebla tapaba el campo, podía ser la playa o el desierto. Podía ser un sueño blanco, un delirium tremens, pero era la puta realidad. Ya era casi invierno y no se veía otra cosa que leña amontonada en las puertas de las casas. Durante el resto del día veré cómo vuela la ceniza quemada. Pasé la mañana insultando al bebé. Le dije de todo menos lindo. Al bebé. Qué no le dije, lo recontra insulté. Una boca sucia de madre. Lo llené de agravios al pobre. Espero que no reconozca ninguna palabra, que más tarde no repita delante de todos la concha de tu madre. Me miró diciendo: mamá, pis, y lo mandé a hacer pis solo, a que se alimentara por sus propios medios. Ese domingo de invierno comenzó mal. Siguió de mal en peor y no eran ni las dos. Estoy cansada de que no esté bien andar a escopetazos o denigrar al bebé. Pasamos el día en el sopor del gas saliendo de los caños, para mí que algún escape hay, algo reventado, si no, no se entiende este olor a podredumbre, dijo una vecina con el vestido desabotonado. Para mí que por eso mi marido sigue torrando, ya va a ser un día. Cada tanto pasa alguna moto. Con mi bebé salimos al parque cubiertos con pulóveres de lana de cordero y él dice brum brum, mientras a mí se me entrecorta la respiración. Adentro el fuego sigue quemando.

ACABÁBAMOS DE DESPERTARNOS del fin de semana y ya estábamos peleando. A las ocho y media pegué el primer grito, a las nueve y veinte amenacé con irme, a las nueve y cincuenta dije que haría un infierno de su vida. A las diez y diez estaba detenida como un carnero en el medio de la autopista, valija en mano, sombrero de paja, moscas en las orejas. Me viven esquivando, pasando al ras, sorteando por un centímetro las bicicletas, los camiones de remolque, los perros cojos. Me viven tocando bocinazos, insultando, correte, salí de ahí, los autos de los vecinos. Todos temen pasar la noche en la comisaría dando explicaciones, nadie quiere pagar un abogado, meterse en temas judiciales. Le huyen a la burocracia de la ley.

Un uniformado de azul es el demonio. Lo de menos es verme atropellada al costado del camino. Lo de menos es que mi cuerpo torcido con sangre marrón quede despatarrado entre la fosa séptica y el gallinero. O que mi cuerpo vuele y se rompa contra un garaje de chapa. A lo sumo tienen piedad, pero no de mí. De dejar a un chiquito sin mamá. Todos dicen eso en los velorios de las jóvenes drogadictas mientras se sirven más café. Pobre el chiquito que queda sin mamá. Pobre huérfano. Nadie llora a la desgraciada con los brazos picados y el ardor de haber tenido una vida opaca. Nadie llora a la que murió con la vista clavada en el ojo del puerco. Todos miman al hijo en cuatro patas cerca del cajón. Le dan galletitas y es un mono. Y yo en este otoño-invierno agrio sigo parada en medio de la autopista. No sé por qué me quedo ahí, como un bicho, las antenas paradas, un espantapájaros, la valija con la que llegué llena de ropa y libros. Me gusta caminar descalza en el asfalto, tener los pies grisáceos. Mi marido desarma la pileta de plástico y vuelca el agua oxidada en el jardín. Miles de hormigas se ahogan pero a nadie le importa. Yo espero un llamado. El murmullo de la autopista es un ruido cerebral, los autos que pasan como flechas son mis ideas.

Espero un llamado y se me confunde el eco de la autopista con el del teléfono, un maullido y yo respondo hola, un martillazo y yo agarro el teléfono. Todo es de una gran distorsión. El auto miniatura de mi hijo brum brum puede atropellarme. La sierra del tipo subido a la escalera con el pantalón caído es un grito de placer. Todo el día con el celular ardiéndome en la mano y nunca llamó. Voy y vengo por el camino, las piedritas entre los dedos del pie mientras la frente de mi bebé se dispara.

Tampoco pasa la moto. Desear es un caramelo pegado al cuello, al cuero cabelludo, a la yugular. Hasta que mi marido me viene a buscar cuando ya no se ve nada. Ni siquiera los frutos más brillantes, ni los carteles rojos de STOP. Mi marido viene silbando el triunfo. Hace señas y sus manos son ráfagas platinadas,

parece que ayuda a estacionar un avión. Al menos entré el cochecito, me grita. Y de la punta de los pies a la cabeza soy una sombra. Y sí, ya entro, vamos a cenar, a mirar la tele, a acostarnos. El fuego de la casa se ve en la chimenea torcida. Calor de hogar pero mis ojos lo incendian todo. Me quedo todavía un poco más en la autopista. Intoxicada, viciada, atosigada. Mi hijo me señala un gallo y dice cocoricot. Cada vez hablamos peor. Veo arañas zombis marchando en fila india. Son los dedos de él, que me acarician, culpa del deseo, ese apetito destructor. ¿Le tomaste la fiebre hoy?, escucho salir de la nada. No recuerdo. La fiebre sube. Trepa a cuarenta. La mía también, pero a quién le incumbe la salud de la madre.

Primero ellos. Debería llamar a las urgencias y sin embargo no me muevo, no puedo dar un paso, sigo en la banquina, al ras de los autos que no me ven. Miro el viento balancear el pasto, ondularlo, separarlo de la tierra. Miro la naturaleza, ella me mira a mí. El deseo es una alarma que no puedo desactivar. Mi bebé mastica el chupete y lo despedaza, miam miam. Mi bebé quiere ser adulto, se pone los zapatos y se los toma. Lo bien que haría. Empezar de cero. Mi retoño me pega una flor de piña, pum, en el labio inferior, diciendo ¡no, mamá!

¡Mamá, no!, le levanto el dedo y le digo con gesto de madraza: eso no, ¿eh?, y se me ríe en la cara. ¿Venís? Ahí voy, dice mi voz desde la noche azul de campo. Terminamos la velada en una ambulancia los tres y después de regreso a casa abrazados. Antibiótico y compresas de agua fría. Incluso cavar una fosa, un agujero, sería demasiado poco. Hay que tirarlo al desierto, que lo devoren las bestias. Al deseo.

YO QUERÍA QUE TODO TERMINARA RÁPIDO o hacerlo en una situación de legítima defensa. No es que pensara seriamente en matarlo, pero, en ese momento, con esa luz, estaba tentada. Encima ese perro que no paraba, no paraba y dale con el ladrido y dale con el ladrido, le ladra a las ruedas de los tractores estacionados el muy idiota, córtenle las cuerdas vocales de una buena vez con una trincheta. Que terminara rapidito y a otra cosa. No es que fuera a matarlo bajo esa luna, pero todo es cuestión de segundos. Y esos segundos eran, cómo decirlo, en esos segundos me sentí cómoda con el peligro. Una especie de comunidad erótica con una pala que había por ahí, con un rastrillo, con el filo de una navaja oxidada que mi marido llevaba colgando del pantalón gauchesco y que se movía como una campana. Es decir que no soy para nada una asesina. No tengo el perfil ni me da la historia trágica para zafar con eso de «actuó bajo emoción violenta». No me violó mi abuelo ni mi tío, yo infancia tuve, pero la olvidé. No recuerdo nada anterior a ayer cuando me tomé el buque. Los expertos van a tener trabajo conmigo. Soy fruto de una familia normal. Demasiado normal. El abogado de la competencia se refriega las manos. Una familia normal es lo más siniestro. Mentira. O no hay nada más siniestro que ser fruto de una familia normal. Los demonios son de mamita, yo los crié, los alimenté, los engordé. Te vas a casar con él, vas a terminar teniendo tres hijos, porque uno atrae al otro como los puchos se prenden uno con el fuego del siguiente.

Van a comprar esta casa o una más grande que veamos en Internet, con una verdadera pileta con barreras equipadas con alarma de seguridad para cuando un infante caiga al agua. Digo yo. Pido un segundo. Pregunto, mientras se zarandea detrás de mí, ¿si caigo de rodillas y me lastimo, me parto un hueso, si aprendo a rezar, hay alguna posibilidad de hacer girar el tiempo aunque sea en falso, o esta historia terminará con la madre que se olvidó de conectar la alarma? Y fue ahí, después de ese pensamiento yo no diría oscuro, sino más bien realista o luminoso, que alcancé el máximo resplandor y tanteé el arma. Hay que tener extremo cuidado con el resplandor. Cuando la mente, por mal que funcione, resplandece.

No me burlo de él, pero está ridículo detrás de mí, la pelvis adelante, mis ojos enfocando el toldo verde que el vecino usa para tapar sus porquerías. Cómo acumulan porquerías en el campo. Más lugar tienen, más lo llenan.

Cajones, estantes, cobertizos saturados de chucherías, habría que hacer una fogata. No estoy asumiendo que quiero cortarle la garganta. Digo solamente que me irrita la sumisión. El perro sigue ladrando. A quién, no sé. Mi cuerpo está seco. Sequito. Secote. Echémosle la culpa al frío. Me fui de ahí sin saber si pisaba su cabeza o estiércol. Menos mal que todo terminó rápido, muy.

SE DESPERTÓ VIENDO A SU ESPOSO leer el diario en una reposera rayada. Oyó cuando pasaba las hojas, vio qué artículo leía de qué sección. Lo escuchó carraspear. Vio que descruzaba las piernas. ¿Cuándo voy a empezar a sentir que está muerto? ¿Cuándo lo podré rezar? Son preguntas difíciles de responder a las cuatro y media de la mañana, mamá. Tomate algo y durmamos. Y resopló de impaciencia. La cama de mi suegra con marcas de haber luchado por dormir. Dale, dormite. Pero ella, imposible. Sus párpados pesados. ¿Qué es un hombre que muere?, dijo parada sobre su viejísima calentura. ¿Me estás preguntando a mí?, dije, hundida en mi pijama. Los cuadros, las estampitas, las fotos. La ropa apilada, las toallas, el perfume.

Y el cepillo de dientes, el peine, las medias. Su pomada, su talco, sus libros marcados. Y su sillón, su pipa, sus fósforos. Y sus calzones, sus camisetas, su crema de afeitar. Y sobre todo nada de eso. La manera de respirar, la marca que deja su culo en el almohadón, el aliento mañanero, el ruido de cabra al masticar, al desperezarse y sonarse los nudillos mientras te habla. Su cuerpo quieto en una silla o parado. O apoyando la espalda contra la pared. Y mucho más que todo. Una manera impalpable, inescrutable, de mirar algo, un moscardón, un gusanito, un pedazo de tierra infértil. Un deseo no cumplido y sin embargo feroz como para incendiar un pueblo entero. La figura de un hombre en el camino. A lo lejos no sabemos qué cosa es.

Una cabeza. Un cráneo que será adorno en la repisa. Mi suegra pregunta y pregunta. ¿Qué puedo hacer, hijo, mirar al cielo? Tomate el té, mamá. Dale. El hijo se preocupa por su salud. Cuando los padres sufren son hijos. Yo sigo abollada en el sillón, cerca del fuego apagado. Me miro en chinelas, quiero ser Heidi. Pero entiendo a mi suegra al punto de querer correr y meterme en su pecho. Meterle los dedos en los ojos amarillos. La comprendo al punto de querer entrar en su bata. Podríamos tener cuatro manos, quizá la aliviaría. Pero no digo nada. Me quedo en el molde, una mosquita muerta de nuera. Me quedo mirando atontada el armario con sus miles de frascos de dulce casero hechos por el sepultado, verano del 94, verano del 97, otoño de

2002 cada uno con su etiqueta. Es demasiado violento entenderse. Es preferible callar, es lo que hago, hacerme la sota. Mi marido le revuelve el té de yuyos, se niega a ponerle azúcar, le hace masajitos, le dice no hay nada que hacer, mamá, papá dejó de existir, no hay palabras, no está al alcance de los hombres el consuelo. Que tenga paz en su tumba, le dice, y pfff. Es así, no hay vuelta, envejecemos, morimos. Pero el pobre está mal dormido y se equivoca el orden, primero morimos. No sabe cómo detener la bala que la alcanza tarde o temprano.

Cree que haciendo cosas la ayuda. La guillotina ya está en el aire pero le falla el olfato y no presagia el metal. Madre e hijo se abrazan, pero la madre no está. Es imparables, ese globo sacudido por el viento. Esa cosa liviana que atraviesa un cielo descampado y es devorada por las ráfagas. Yo la miro como si no pensara, encogida de hombros ante su tragedia, como se mira al convaleciente, al que se apaga mientras nosotros continuamos de pie y miramos de reojo la hora. Lamento que no siga cocinando para mí, llenando la casa de perfume, dando de comer pan con manteca a los pichones.

¿Qué es un hombre que muere? ¿Qué fue que no fue de su vida? ¿Cuántas versiones, variaciones, cuántas variantes de una vida hay? Ya son las seis de la mañana, suegrita, digo, y después nadie le responde. Ni falta que hace, creo.

LLEGO JUSTO A LA BAJADA DEL BOSQUE y escucho en la radio a una mujer hablar de Mrs Dalloway. Capto el programa empezado, pero igual me doy cuenta de que hablan de ella. ¿Hasta dónde vas a ir? Mi marido se baja del auto en movimiento, pone el freno de mano para que no me vaya al lago. Hoy estuviste bien, dice, manejas cada vez mejor, falta que sepas dominar el auto en las curvas y la marcha atrás. Lo veo alejarse y poner clavos en la nueva terraza. Me quedo encerrada en el auto con los vidrios empañados, subo el volumen, saco el pie del embrague.

«Mrs Dalloway es una novela sobre el tiempo y la interconectividad de la existencia humana», hace cuánto que no escuchaba ese léxico literario. Puta madre, trato de hacer girar la rueda de plástico pero este asiento no se reclina. Mi marido me ve putear de lejos, me lee los labios y sonrío con un pucho detrás de la oreja, es un almacenero. Cómo vería yo este mismo bosque, esta aura campechana, mi casa a medio construir, ese hombre instalando vigas de madera, si un crítico dijera que lo que escribí trata sobre «la interconectividad de la existencia humana». Me río, una risotada histérica. El otro día estaba intentando leer de nuevo a Plath cuando escuché unas patitas hacer tic tic tic y vi un ratón pasar tranquilo por debajo de mi biblioteca, tuve que llamar al vecino que vino armado de un palo, después trajeron un gato gris que andaba paseando por las alcantarillas y lo soltaron en mi habitación, husmeó por todos lados, me dejó la cama llena de pelos, pero no hizo nada, así que ahora leo con una trampa para ratones al lado. Hablan de Septimus, el personaje héroe de guerra traumatizado que también daba batalla contra la depresión maníaca y la locura y que sí se tiró por la ventana, en la novela. Pienso en los efectos paliativos que podría tener sobre mi vida escribir o tirarme de una ventana. El que escribe no necesita un saco de piel porque en su universo ficcional es verano.

Pongo la mano en la palanca de freno. Ciertas noches me alivia saber que al entrar tarde a casa, con la lengua pastosa, no van a aparecer serpientes por las canillas. Nunca, que es imposible. Aunque un tigre en el living, sí. Que alguien pueda hablar de un personaje mío como hablan de Mrs Dalloway.. Apago la radio e intento escuchar a los pájaros hablar en griego, pero esa es una herencia envenenada. Cómo sería, cómo sería, me digo pateando el volante, puta madre, mientras me quedaba dormida ahí, con el asiento a medio reclinar, las patas marcando el vidrio. Mucho más tarde abrí un ojo y vi a un mirlo negro con el pico bien amarillo saltar hacia mí.

QUIERO IR AL BAÑO desde que terminó el almuerzo pero es imposible hacer otra cosa que ser madre. Y dale con el llanto, llora, llora, llora, me va a trastornar. Soy madre, listo. Me arrepiento, pero ni siquiera lo puedo decir. A quién. ¿A él sentado en mis rodillas, metiendo la mano en mi plato de restos fríos, jugando con un hueso de pollo? ¡No! Dejé eso que te atragantás. Le tiro una galletita. Me la devuelve. Tengo la boca llena de su saliva, de migas. Tengo tomate pegado en mi brazo. No lo dejo terminar y le meto otra galleta, se atora. No me hago cargo de lo que pueda pensar de mí. Lo traje al mundo, ya es suficiente. Soy madre en piloto automático. Lloriquea, y es peor que el llanto. Lo alzo, le ofrezco una sonrisa falsa, aprieto los dientes. Mamá era feliz antes del bebé. Mamá se levanta todos los días queriendo huir del bebé, y él llora más. Quiero ir al baño, pero ese cacareo interminable, esa queja, me lo hace imposible. Qué quiere de mí. ¿Qué se supone que deba hacer? ¿Tragarme sus excrementos como frutas exóticas, aspirar su acidez bucal, bailar una conga porque logré expulsarlo de mí y no es deforme? ¿Qué querés? No me deja dejarlo. Se arquea.

Ayer tuve que ir a hacer con él, hoy prefiero hacerme encima. Llamo a mi esposo. Necesito refuerzo. Mientras marco lo tengo colgado de un hombro, me va a desgarrar, me pega algo viscoso en el ombligo. Que atienda por favor, que atienda. Hola, escuchá, amor, tenés que venir, no puedo más. No, no podés tardar tanto, tenés que venir ahora, no me entendés, no me estás queriendo entender, no aguanto hasta la noche, y le cuelgo porque se hace el que no entiende; al menos que se asuste y venga. Y nos quedamos dando vueltas enredados en el cable por si llama y me lo llevo a la puerta a ver si pasa alguien al que se lo pueda dar unos minutos. Pero no hay vecinos como los que necesito. Luego, hay bestias y niños. ¿Y si le toco la puerta a la anciana que vive con las ventanas tapiadas y sus loros?, seguro podría distraerla, sería como tener televisión, como ir al cine. Nadie pasa, nadie lo quiere, nada se mueve, aire quieto endemoniado. Lo dejo tirado a mis pies. Se retuerce, se estira, me grita, se saca el pañal y me desabotona los zapatos, se come la tira de cuero. ¿A quién engendré? Yo lo miro como un cangrejo mira a un niño. Un auto de carreras pasa con una familia. Tienen las caras fuera de las ventanillas. Es de noche y sigo apoyada en la tranquera, me veo embarazada, cuando creía que llevaba dentro una gárgola. Me veo pariendo, expulsando, con miedo. Nos pican, tengo que entrar y encender el hogar, levantar el almuerzo colmado de hormigas rojas cargando comida para el invierno próximo. El padre ni se mosqueó. Me lo cargo en la espalda y lo entro sudado y hambriento, las uñas filosas. Tengo que hacerle fideos o sopa, ir a sacar alguna verdura a la huerta del vecino, pero me da flaca. Ser madre es tan poco excitante. Me muero de ganas. Se me hace una bola adentro. Lo dejo caer, cruzo las piernas. Corro y me encierro. Lloro como los asiáticos en los velorios rasgándose las vestiduras. No aguanto y le

abro, pienso en qué asqueroso es todo esto.

NUNCA ESTÁS cool, nunca estás zen. Todo el camino las mismas palabras. Nunca estás cool, nunca estás zen.

Estoy atacada. Cruzo y descruzo las piernas. El pecho ni te cuento. Atrás está mi hijo en la sillita. A los costados, pueblitos y pueblitos, la colina mostrando el paisaje que podría ser bello. Sé normal, calmate, dice y baja, entra en la panadería. Yo bajo también, cruzo, miro el auto desde la calle. El hijo no pierde de vista al padre que compra masas, que elige detrás del vidrio, ¿de qué tipo de chocolate está hecha? ¿Y de crema pastelera hay?

¿Cuántas llevo, amor? La panadera con los ojos colgándole de la nariz espera con la pinza. Los dedos embadurnados en azúcar impalpable. Apenas echo un vistazo y voy de regreso a la basura. No sé qué digo. Voy y vengo por la calle. Mi marido sale con un paquete de cartón que pone sobre mis piernas. Cuidado con la caja.

Compré seis. Tres y tres. Tengo la mano en el picaporte.

Me tiembla. Me arde. Veo en un jardín un trío de animales, uno por atrás, el otro oliéndole el ano. Me saca la poca hambre que tenía. Se me revuelve el estómago, tener sexo con este frío. El auto gira en una curva. Se me cae la caja, hay crema en el asiento. Criterio. Salvo las masas como puedo, las acomodo. Mi marido las mira con desprecio, tienen marcas de tus dedos, dice. Trato de que no se note, se nota más. Nunca estás relajada, me dice.

Nunca te veo cool. Destrozás todo. Y prende el pucho en el auto, cosa prohibida en la familia. Y lo dejo porque total. Qué familia ni familia. Y la ventanilla abierta dándole en la garganta al bebé bajo antibióticos. Y bueno.

Llegamos a la casa de los amigos tosiendo los tres. Una gran alfombra beige, una puertita que da a las hojas de otoño y las bicicletas oxidadas de los chicos. Una carpa armada en medio del living, un perrito blanco dándoles besos en la boca a los nenes. Una tetera, las cajas con las masas de los otros, servilletas, cucharitas, susurros.

Lindo ambiente. El de los otros. Tanta gente civilizada me sorprende. Están peinados, huelen rico. Hola, qué tal, hola, tanto tiempo, en qué andan, acá andamos. ¿Y ustedes? Abrazos, palmadas. Palmaditas. Abracitos.

Todos alrededor de una mesa diciéndose feliz Año Nuevo aunque eso fue hace mucho, frente a nosotros un espejo.

Nadie dolorido, nadie sacado. Guirnaldas del último cumple de uno de los chicos. Titi, no te metas eso en la boca, salí de ahí, ¡no! ¡Las escaleras! ¡Vengan a merendar los chicos! ¿Quién quiere lechita? ¡Vengan a la mesa los nenes! ¿Y ustedes? ¿Qué le dan? Nos miramos por primera vez con mi marido. ¿Qué le damos? Lo que sea. Lo mismo que a los otros chicos. No traje su merienda. La olvidé. Traje el óleo calcáreo, el cambiador, un pantalón de más, las gotas. Los niños meriendan juntos y parece un jardín de infantes, mi bebé ríe, no reconozco su risa.

Bajan al patio, se trepan, se revuelcan en las hojas. Los adultos nos servimos varios platitos, mi marido tiene vergüenza de abrir nuestra caja y la deja a un costado.

Nadie la toca. Las seis masas se derriten. La tarde va pasando y es un animal pesado, una foca gigante entrando al agua. Alguien pregunta qué hay en la caja. Nadie nota mis huellas digitales. Llantos, golpes. Los padres viendo si es el llanto de su hijo para ir a rescatarlo. Mi marido se descompone comiendo un bizcochuelo, una punzada en la costilla. Todos lo miran hasta que alguien dice ¡un médico! Salen a buscar uno entre burros y bodegas. Ah, los médicos. Miro la escena sentada, no me convocan. Un médico, gritan, un médico. El resto somos una manga de fracasados. Van de casa en casa, hay de todo, pero un médico es raro, para eso hay que estudiar en serio. Al final vuelven con un veterinario que encontraron pariendo a una vaca, brazos y manos con líquido amniótico. Lo acuestan sobre la alfombra. Deformación profesional, el veterinario se pone los guantes de látex. Los chicos hacen un círculo, esperan ver salir algo, piensan que es un número de magia. Yo también, un alumbramiento. No quiero que termine la escena, no quiero volver a casa. Chau, que estén bien, saludos a la familia. Chau, chau, hasta pronto.

Mi marido me dice casi se me detuvo el corazón. ¿Es mi culpa?, pregunto. Es una alarma. ¿Y qué querés que haga con la alarma? Que escuches que suena. Bueno, bueno, digo, pero quiero sacarme el zapato y tirárselo. Nadie probó nuestras masas, las compré para tirarlas. Y quiero correr calle abajo reagueando. Sí, alguien comió, pensé, pero para qué discutir. No me respetás, lo de la caja es un ejemplo. ¿Vos te merecés mi respeto? Pero para qué discutir. Y dijo algo como que la caja representa la pareja, la familia, la dejo caer, intento arreglarla pero ya es tarde.

No escucho bien. No entiendo sus metáforas, debe ser que no me da la cabeza. Estoy ausente pero como sobresaltada por una pesadilla. Quiero correr

calle abajo sin frenar cuando llegue al río, quiero correr sobre las flores en una carrera amarilla contra mí misma. ¿Qué te pasa?, dice, y tengo un aire a hija sin padres. ¿Vos no lo podés criar solo?, pregunté. Yo me tiro del auto ya mismo. El bebé iba atrás sonriendo con sus tres dientes. El campo se veía venir con sus tiros de escopeta volando erráticos y sus aviones militares siempre boca abajo. Me tiro, le grité, me tiro y abrí la puerta y saqué una pierna. Llegamos a casa, ¿qué cenamos?, pregunta. Me pongo el delantal y corto cebollas, corto cebollas, corto cebollas bien finitas hasta rebanarme el dedo. Y me río. Más serio es, más ganas de reír me da. Me tiro al piso lleno de gotitas terrosas. Carcajadas me da toda esta historia de las masas. Tapate la boca cuando tosés. Tapate la boca al estornudar. Tapate la boca si fumás, me oigo decir. Lo vivo tapando. Soy tan sucia, tan necia, tan guacha, que da calambre. La casa es un vaho a cebollas.

USO SU MANO DORMIDA PARA TOCARME, no me mira, sueña.

Él usa mi mano muerta para tocarse, no lo miro, duermo.

En cuartos separados. En colchones separados. Hay una falla. No estamos hechos para ser uno. A nadie le gusta ser siamés, que se pegoteen los órganos. Sonríe mientras sueña. Yo no lo hago sonreír. Lo puteo. Le golpeo con el puño cerrado el hombro, la cara. Se satura de mí y viceversa. Nos empalagamos pero seguimos. Le hago fuck you ni bien me levanto. Buen día, ¿qué querés desayunar?

Mi dedo estirado en su cara. Le rompería los dientes. El niño saltarán canturrea entre sus dos papis. ¿A quién querés más?, le pregunta. Va a explotar en cualquier momento. ¿Tanto le cuesta un cómo la pasaste ayer?; parece que sí. ¿Cómo la pasaste ayer?, me digo, y me respondo, bien, y me cuento lo que hice. Originales como una canción de Sabina. Me voy y él se come mi medialuna y se termina mi café y me deja ir, obviamente, pero después se arrepiente y sos mala bicha me larga mientras me conduce a los pastizales altos que nos llevan una cabeza.

No da el brazo a torcer, me hace caminar sin ver, los pastizales dándome en la frente como espinas, como osamentas. Después aprovecha la boleada y me apoya, pero no la sigue, me empuja más adentro. Me pongo a hablar, no sé qué digo pero hablo, me dice cuando hablás es como la alarma del auto, suena, suena, es inaguantable. Entonces hablo gritando, ni me doy cuenta de que se me va el volumen, ¿podés hablar sin gritar? ¿Podés aflojar con tu incontinencia? No deduce que no puedo. Controlate, dice, no se te entiende nada si hablás de corrido.

¿Por qué no hacés un curso de pronunciación? ¿Por qué no intercambiás idiomas con algún aldeano? Nos detenemos en algún lugar. ¿Y ahora? Pero cuando voy a decir algo me chista y se aleja unos metros donde ya no puedo verlo. Apoyo los ojos en las manos y me los ahueco más, me duele, de qué sirve llorar. Soy un venado asustado, tiernito, infeliz. Refresca, él no regresa pero tampoco se va, soy un pastizal más. Nada pasa hasta que se oye un bullicio ronco, denso. Corro en círculo y voy a parar al asfalto con rayas. Ahí estaba él también viendo el espectáculo. Las vacas son separadas de sus terneros, hace un instante estaban tan plácidas pastando, llenando las fauces de algodón verde. Qué escandalosas son esas madres vacunas, se vuelven afónicas, resisten, pero igual se los llevan a todos. Chau, terneros, digo moviendo la mano. Buen viaje. Ellas quedan atónitas a un costado del camino. Los buitres llegan puntuales a almorzar con sus cubiertos y la servilleta al cuello. Nos volvemos juntos, abrazados, nos queremos tanto.

Canturreamos una melodía pegadiza, por qué será, por qué será, que estando la vaca atada el ternero no se va... La desgracia ajena es un chutazo de caballo.

LAS FLORES SALVAJES empujan la tierra al costado de la ruta. La desgarran, la destierran. Como nosotros. Nos dimos cita en el borde de la sombra de los autos. Miro un nogal y pienso que lo prefiero a los hombres. Veo un halcón sobrevolar el pasto como si fuera el mar y pienso que es dichoso. Pero lo veo llegar entre la neblina de noviembre, al final de las casas, y lo prefiero a él antes que al nogal. Camina detrás de un tipo que tiraba de un carro, iiiii, iiiii, un chillido de dientes. Parece que vende frutas y pescados. Habíamos quedado en hablar, cómo seguir, cómo no ir a parar de frente a un muro. No fue necesario nada. De nada. No escuché su voz ni una sola vez. Podría haber sido mudo, tener rotas las cuerdas vocales. Nos alcanzó el falso silencio de la autopista, besarnos sobre las lomas de burro, besarnos a la vera del camino inmersos en el tóxico de la central nuclear. Y llegar a la cima. Esa obsesión erótica, la palabra textura dando textura, el color cobre, maleza sobre los ojos, en los ojos, detrás de las pupilas. Así anduvimos con los bebés colgados cabeza abajo llenos de sangre, yendo y viniendo, ellos babeaban, nosotros también, ellos emiten chillidos igual que nosotros. Y ciegos caímos en la fosa, nos revolcamos como dos tarados, los bebés nos saludaron desde la superficie, nos tendieron la mano. Y cuando la noche pasó como un perro con convulsiones, nos despedimos. Y fue como una asfixia montándose en mi garganta, una garrapata escalando mi cuello, algo que se trenza, se atranca, una tenaza en mi faringe. Y el regreso a casa fue seguir las líneas blancas de la ruta como un funámbulo, un pie delante de otro, mis huesos siguiéndose como un esclavo, los brazos en cruz. Durante el amanecer empujé al bebé que canturreaba. La la la. ¿Qué dice? ¿Cómo puede tener ánimo para decir algo? Mi lobito con el hocico frío aullando a algún planeta. Al entrar, la casa estaba humeante, una nota con el menú de la cena y besos pegados con cinta adhesiva. Desabrigué al lobito sacándole la piel. El calmante homeopático que tomé bajo la frazada no hizo ningún efecto cuando horas después me desperté violácea. Tardaba mucho más de lo normal, me ponía una media, se caía la otra. Me abrochaba un botón y saltaba el otro. Me peiné, miré mis dientes, mis uñas.

Nada estaba en su lugar. Mi cuerpo no funcionaba, no se dejaba vestir, ordenar. Golpearon a la puerta cuatro manos: qué pasa, qué pasa. Qué pasa de qué, digo. Sacarme el traje del sueño, la piel venenosa, volver a tener olfato, pestañas. Volver a pronunciar, tragar. Me miro en el espejo, tengo ojos de pescado. No soy madre. Afuera lloriquean. Patalean. Les parece gracioso volverme loca.

Se tiran al piso, pasan mensajes obscenos debajo de la puerta. «Mami te amamos». Qué cómicos los dos chiflados pintándose de rosado los labios. Intento reír, festejar las ocurrencias, ahora el chiquito se sube a la cabeza del grandote, son un monstruo, quiero celebrar pero imposible. Salí de una vez, se impacientan.

Dale, mami, salí, dice con voz aguda mi marido, tenemos hambre. No van a lograr que salga. Me visto como puedo con los pies chuecos y dejo la mano en el picaporte. Del otro lado, silencio. ¿Se habrán ido? ¿Esperan a que abra para dar el zarpazo? Me agacho y miro por la ranura. Veo sombras, ¿serán sus pies? Se escondieron o se acostaron en el piso, o se fugaron. Le pego una patada a la puerta. Ya estoy del otro lado. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Bebé, es mami, ¿estás? Salgo a la terraza. Piso restos de la noche anterior. Mi amor estuvo sufriendo, se quemó las yemas con las colillas, pero el deseo es bendito. He ahí el dilema, me digo con los dedos grises y cortados. Está mal irse con otro, dijo una vecina, y mi suegra asintió. Está mal, repitieron a coro dos borrachos y se lanzaron sus botellas vacías. Baila, condenado. Las esposas adúlteras eran forzadas a desnudarse y perseguir un pollo por todo el pueblo en la Francia medieval, se oye decir a lo lejos y no sé por qué me suena que el mensaje tiene destinatario. A lo lejos asoma el bambi, ojalá supiera qué intenta decirme. Dos figuras se despliegan en el aire demasiado abierto del campo. El suspiro aliviado que sale de la boca de un lobo. Son mis hombres brincando, volando, uno montado en el otro. Me llega el eco de su felicidad perfecta.

CADA VEZ QUE MI MARIDO me la da, pestañeo y es como si talaran un árbol. Como hachazos. Como con la mano y queda la grasa chorreando. Hablo fuerte, babeo, igual me la dan, sigo siendo apetecible. Contra la pared como a vos te gusta, dice lascivo. Maniatada como vos pedís.

No lo reconozco. Parece que tomó apuntes. Me la da y mis ojos estallan varias veces. El exorcista. Me quedo ciega. Una pedrada en la frente. Me la da, me la da y es un derrumbe, objetos que caen y golpean. Las tacitas de porcelana de la abuela. Los cuadritos traídos de Italia.

Mi casa es un depósito de vidrios. Me duele el fémur. No digo nada. Por una vez le sigo la corriente. El maridito de las tautologías se me avivó. Se despertó el rapaz. Me dejo ahogar por sus fluidos. Hasta dice puta. Puta. Dice.

Y se le llena de agua rabiosa la boca. Agua contaminada.

No son sus palabras. Alabado sea el Señor. Aprendió, ¿habrá observado al otro? Pero ya no me sirve. Intento pertenecerle. Le doy mi cuero cabelludo. Tomá. Le doy mi cerebro. Le doy mi piel estirada. Tironeá. Le doy mis pestañas, no me importa perderlas. Que mis ojos se sequen de un abrir y cerrar. Me ofrezco. Agarrá. Tené. Probá.

Quiero ser su mujer pero lo miro con el asombro de una desconocida. Una mujer que duerme la siesta y es atacada por una sombra. Una mujer que mientras camina es manoseada al pasar. Tengo hambre. Me caigo hacia un costado. Me descompongo y me dan un vasito de agua. Siéntese, señora, dicen los niños. Me dan sal en un puño, como a un pajarito. Con el pico en forma de gancho, lo muerdo. Terminó. Me dejo que me siga tocando.

Estamos babeados. Ahora viene el abrazo y el beso húmedo. Ahora viene el acoso del amor. Quiero fundirme.

Pero es como disparar a los pies. Como enterrar algo en la superficie para que brote. Una pareja de viejos bajo un golpe de calor.

PERO TAMPOCO ES IDIOTA, tengo cara pero no soy, dijo, y una mañana a las siete y cuarenta, con el viento pateando sobre nuestras cabezas, dijo vení, sentate. Y vení sentate es todo lo que uno necesita para saber que se terminó.

Ya está. Se me aflojaron las piernas. Qué importa lo que venga después, más o menos horas frente a una mesa, las manos cruzadas, si lloramos, si se hacen las valijas, si se dividen los bienes. Qué importa lo sucesivo, si la tenencia es compartida, si el niño es secuestrado por uno de los progenitores, si se viene un juicio y un litigio por manutención. Vení sentate y no eran ni las ocho de la mañana, la boca agria de una noche pesada, dura, sangrienta. Vení sentate dice todo aunque uno después se consuele pensando que algo puede mejorar con la excusa de que las heridas cicatrizan. Que el tiempo hace algo por nosotros. Sentí una punzada en el sexo y tuve que arrastrarme hasta la silla. Si pudiera usaría bastón, me vestiría de anciana, teñiría mi pelo de blanco, tomaría pastillas para enfermedades neurológicas hasta que mi cerebro les hiciera espacio. Quiero ser una vieja asquerosa.

Desagradable en todos los sentidos, hedionda, insoportable, me olería, y tomaría la medicación para que tuvieran que lavarme por mucho tiempo. Así que todavía con el sexo latiendo lo escuché mirarme, lo vi mover una boca ya lejana, decir palabras que no entendí. Palabras como siempre mal elegidas. Las hojas se cortaban en el aire, el decorado se sacudía como si alguien nos dirigiera. Hasta que escuché: curación. Eso veía de mí. Una mujer que debía calmarse. Volverse una ameba. Irse a un lugar de sábanas y paredes blancas, bajo la lengua, pastillitas, pildoritas, comprimidos. Conocer a la vecina de cuarto, tomar el jugo con los otros desgraciados, hacer talleres de manualidades, leer libros de tapas duras e ilustraciones. Hasta que un día los otros internos inflan globos y pintan carteles de despedida con crayones y soy dada de alta y vuelvo a la sociedad. Contuve una arcada mil veces superior a un calambre, una contracción, mil veces peor que las llagas, el apendicitis, el mal de ojo.

Me convertí en un escuerzo y como un meo venenoso largué, de una, diez años de pareja sobre la mesa, la silla y el sofá. Y frente a los destrozos no supo si pasar un trapo, abrazarme o llamar una ambulancia y que por fin me internasen. Y el chico nos miró entre las patas de la mesa y entendió como adulto. Adentro todo era esquiras, la criatura me mira con una faca tumbera en la boca. Me levanté temblorosa, había perdido mi casa, salí a los pastizales. Estaría menos perdida si en la radio dijeran que estalló la guerra. La naturaleza se rió de mí, esta veterana ya no era la patrona. Los bichos ahora se me montaban sobre el cuerpo. Me quedé mirando arriba, revolcada entre yuyos y, cuando terminó, entré. Mis

niños miraban un programa de sorteos en la televisión y comían hamburguesas, se respiraba olor a fritura. Casémonos, dije.

Y un minuto después mi hombre, sin perder de vista la tele, dijo acepto.

Hoy SE TOMA EL CHAMPÁN EN COPA. Tacos altos por primera vez en mis pies. Una cintura que no sabía que tenía. Mi pelo resplandece. Afuera se meneaban dos ardillas.

Todos estamos alcoholizados. Hasta las piedras. Y una mesa larga, el mantel blanco resaltando las manchas de tinto. Alguien me lleva al centro de la pista y me da vueltas, me enseña el un, dos, tres, me hace reír. Me parece poco creíble reír. Me toco con los dedos la sonrisa. Y los invitados danzan locamente y las mujeres giran sus cuellos trescientos sesenta grados, algunos caen por la bajada al bosque y no volvemos a verlos. Hay más desaparecidos que gente. Los vecinos duermen o están muertos en sus camastros. El aire es denso y por momentos brilla. Mi marido viene y se va, me da besos sin lengua, me acaricia el hombro, hasta los animales lo miran con respeto. Y antes de las danzas macabras, bajo una capilla improvisada, un párroco, yo tengo más religión que él en la uña del pie, nos dice performático: «Estamos aquí reunidos en la presencia de Dios y de estos testigos para solemnizar ante el Todopoderoso, y en el nombre de nuestra santa religión, el contrato de matrimonio entre este hombre y esta mujer». Y esta mujer vendría a ser yo. «¿Toma usted a esta mujer, cuya mano sostiene, como su legítima esposa; promete usted solemnemente, delante de Dios y de estos testigos, que usted la amará, honrará, consolará; que se conservará solamente para ella, cumpliendo los deberes de un esposo para con su esposa, mientras Dios le conceda vida?». Sí, lo haré. Pero no oí nada. Un balbuceo. Un zumbido. Todos me observan, soy yo la atracción. «¿Toma usted a este hombre cuya mano sostiene como su legítimo esposo; promete usted solemnemente, delante de Dios y de estos testigos, que lo amará, honrará, consolará; que se consagrará solamente para él, cumpliendo con todos los deberes y obligaciones que una esposa tiene para con su esposo, mientras Dios le conceda vida?». Mientras Dios me conceda la vida, y mis piernas corren rápido sobre la autopista hacia un camino paralelo. Y en mi mente todavía tengo fuerza y voluntad para enterrar el cuchillo en la carne de una vaca. Y antes del «sí, lo haré» me veo forrada en hierba. «Sea esto el sello de vuestra fe mutua y vuestro mutuo afecto y felicidad, recuerdo de este sagrado servicio, y de los sacrosantos lazos del matrimonio, por los cuales os habéis unido en santo matrimonio hasta que la muerte os separe». ¿Pero cómo nos separará? ¿Quién verá al otro cadáver? ¿Quién entierra a quién? «Por cuanto este hombre y esta mujer, solemnemente, y delante de Dios y de estos testigos, se han dado y empeñado su fe y palabra el uno y el otro, y lo han manifestado por la unión de las manos, yo los declaro marido y mujer. A los que Dios ha unido, ningún hombre los separe». Y gritaron como chacales, como hienas, y busqué desesperada a mi ciervo. Y busqué a mi hijito, pero se había escondido. Y no había nadie, no hubo nada que pudiera detenerme. Y nos alzaron sobre sillas, nos revolearon en sus brazos y «¡Hurra!»,

«¡Vivan los recién casados!», «¡Aleluya!», y tiraron arroz crudo que se metió en los poros de mi cabeza, y me besaron las bocas grumosas y una manada de perros sueltos con colas de reptil giró en remolino sacudiendo el mantel y rompiendo copas, botellas y flores. En mi mente también corren perros, ¿o son potrillos? Campo abierto vi que cuchicheaban algo mirando asombrados mi cara, yo era la emperatriz, la mujer barbuda, Mme Zingare. Me palpé y noté que, en vez de la sonrisa, de la comisura de mis labios caía algo oscuro, tibio, viscoso.

Yo ERA UN VESTIDO BLANCO con voladitos entallado en la cintura en esa habitación con ventilador de techo totalmente empapada. Y rondaba la entrepierna, pero no era eso lo que andaba necesitando. Y rasqueteé un poco por ahí, pero nada. Y me palpé, me golpeé la mano para ser el otro el que me toca, me saqué las ligas con los dientes, me arranqué el bordado de las uñas, me puse la mano en el corazón, me mojé la nuca, me tiré gotitas, me desnudé varias veces. Me cambié de bombacha. Intenté olerme, no llego, aunque estire el cuello hasta quebrarlo.

Quise dormir boca abajo. Boca al medio, boca arriba. De un manotazo cacé la tijera, me corté el flequillo y lo dejé sobre la almohada. Ahora somos dos. El ventilador daba vueltas cada vez más lento, se me venía encima. El teléfono mudo. El colchón era un charco. Las cortinas de yute sonaban despacio. Me había prometido llegar temprano a nuestra noche fogosa. Dejar al niño con la viuda y venir. No es mi culpa, me dejan a mí con las tripas abiertas. No sabía cuánto tiempo hacía que lo esperaba, pero de tanto abrir y cerrar las piernas se me acalambraron. Me levanté de un salto y me dolió no tener corpiño. Caminé sobre la cama y me puse en cuatro. Me reí envuelta en tules en el espejo berreta, descascarado. Era una actriz de Hollywood, bella y trágica. Me metí en la bañadera y chapoteé. Pero seguía en falta, frenética. Y no llega y doy una vuelta carnero, me ato, me suelto. Y si no viene empiezo sola, la entrada, la previa. El precalentamiento. Respiro el olor a carne cruda de este hotel. El vestido mojado me pesa, lucho hasta deshacerme de mis algas enredadas, la tela de la enagua me ahorca. Ensalivo mi dedo sabiendo que es poco, que nunca tendrá la fuerza bruta que necesito. Indiferente, demasiado desnuda en mi cuerpo. Quiero una piña, un sacudón. Quiero una embestida. Llamo al conserje, lo despierto, habla como si tuviera los ojos pegados. Le pido un martini y le aclaro que sin aceitunas, con dos hielos y una rodaja de limón. Me pone música de amor, en su voz hay compasión, una novia a la que nadie visita. Quién ha visto. Me ofrece subirme un refresco, intenta levantarme. Corto.

Hago un striptease parada en el inodoro, me balanceo, me meneo, perreo. Saco la lengua. Camino con los tacos por toda la habitación. Mi público alzado soy yo en el reflejo del botiquín. Al final tiro de la cadena. El novio todavía no llegó. Todo debe de ser gracias al niño.

APÁTICA Y EN SHORT AMARILLO en el asiento trasero, bolso de viaje en mano, cara de maniática para ir practicando, subía y bajaba las cejas. Actuar normal y, de pronto, sin razón, quedarme estática mirando fijo. Aprender también a mirar a los ojos con absoluta atención, pero que se note que en realidad estoy transcurriendo una realidad paralela. Tengo que dar con el perfil de Zelda Fitzgerald camino a Suiza, no precisamente a comer chocolates ni probar relojes. O no. Con las rodillas en alto devoro la ruta, el camino sinuoso. Muerdo la ventanilla. Mi marido me hace el gesto de que pare por el espejo retrovisor.

Hace el gesto de que ayer ya lo discutimos y estuvimos de acuerdo en que era lo mejor. Para los tres. Mi cura se aproxima, la veo venir. Un espeso espejo nos separa, ella y yo, la que seré al salir. Largo una risotada, mi hijo se da vuelta y me mira intrigado. Sí, es su madre la que ríe. Flor de imbéciles. Hijo y padre. Al unísono. Partidos por la misma mujer. Estoy rota y descosida. Llevo zapatillas sin cordones y el shorcito se me cae. En mi bolso hay un anotadorcito de colores, ¿qué podría anotar ahí más que imágenes sin moraleja? La ruta está despejada, el servicio meteorológico anuncia buen tiempo para el fin de semana, dice mi marido, vas a poder descansar al sol. El auto sube sin problema las colinas. Le hizo el control técnico para poder llevarme, debería haberme escapado con una aguja y pinchado las gomas por la noche. Tenemos gasolina para ir hasta Rusia, ida y vuelta por la nieve sucia concentrada en las banquinas. La novela empieza así. El personaje que va detrás es llevado lejos, parece sumisa en su short y su pelo recogido, casi una colegiala, pero en realidad ahuyenta perros y tiene los ojos heridos de bala. Pero, en realidad, ve los árboles girar acelerados por el movimiento del auto. Se imbrican, se entrelazan, todos son uno. No árboles sino un sentimiento exaltado, la boca mareada, en falta. Arriba, bajo la tierra, por todos lados, en el aire. Algo falta. La mirada de mis hombres son patadas en las costillas, los dos canturrean love me, love me, say that you love me, yo los tapo con Mozart K. 334. ¡Llegamos!, dice. Un bloque de piedras irregulares con chimenea será mi hogar.

Voy a desayunar tostaditas con mermelada casera de ciruela hecha por una banda de alterados. Como yo. Voy a trabajar en la huerta y en talleres de manualidades y voy a dormir en un colchón estrecho, mis vecinos de cama van a tener pesadillas. Como yo. Voy a caminar entre colillas no terminadas. En pleno auge de mi vida, caída libre. Voy a revivir muertos, en eso voy a ocupar mi mente, los haré saltar la valla como ovejitas. Adiós a la morbosa ansiedad sexual. Bajamos del auto los tres con aspecto de turistas abombados. Pienso que nos van a mostrar las instalaciones, piscina, sala de juegos, comedor. Pienso que estoy de luna de miel, como las otras. En cambio, alguien me estira los brazos, me aprieta

fuerte.

Bienvenida, y me empuja con suavidad. Y veo cómo mi hijo y mi marido, hasta hace nada junto a mí, dicen chau chau linda, con la mano. Y todo pasa tan rápido, escucho el motor, ya ruedan por las colinas, ya cantan otro tema.

Giro. Un pasillo de puertas cerradas, alguien me hace avanzar y me interna.

LA PRIMERA MAÑANA del resto de las mañanas estuve acostada, los dedos colgando. Un médico se acercó. Sus anteojos deformes sobre mí, sus cuatro pupilas. Soñé que dejaba a mi bebé durmiendo bajo la lluvia ácida.

Soñé que no podía traerlo. Que me miraba lejano. Perdón. ¿Qué dice? ¿Qué digo? Estaba pidiendo perdón. No, era un sueño. ¿Me tengo que levantar? No tiene que hacer nada. ¿Me puedo quedar en la cama? ¿Acá se vive de día? Viva como quiera. ¿Mi marido pagó para que viva como quiera? Se puede ir cuando le dé la gana. ¿No es este el nuevo mundo? Es solo un lugar más calmo que el resto. Y así se fue arrastrando los pies, como todo médico que se muestra atormentado. Me quedé mirando una mosquita tornasolada darse contra el ventanal una y otra vez hasta desplomarse. Sus alitas azuladas-transparentes esparcidas en mi cama. No vi a ninguna otra persona respirando cerca. Nadie me espiaba; salvo yo.

Me levanté contenta de estar de pupila en un establecimiento que tenía mucho de hotel, al parecer limpio y confortable, y bajé al comedor con la impresión de vivir un milagro, un sentimiento desconocido. Estaba sola, alguien había resucitado. Saludé a cada persona y hasta pregunté sus nombres. En general, no me importa cómo se llama la gente, qué diferencia hay. Di unos besos en las mejillas, apretones de mano y golpes de aliento en la espalda. Parecían decirme «que Dios te ayude» o «bendita eres». Me ensalivaron los enfermos y empleados sanitarios. Mua. Mua. Alguien gritaba que quería Rohypnol.

Interesante. Atravesé el comedor con olor a sopa de cubito y salí al parque. Una medianera alta nos separa de un caserón con una manada de ovejeros. De algún lado viene una cumbia pornográfica. Alguien lee el diario, un presidente cayó con su avión. Otro comenta que un padre mató a su hija en pleno festejo navideño. Me doy cuenta recién ahora, mientras me acaricio el pelo, de que no veo mujeres por ningún lado; con excepción de dos hembras que no podría considerar en la categoría. Mi marido me encerró con hombres. Solo veo cabezas rapadas, como nueces. Huelo a testosterona. Uno tose, el otro carraspea, todos fuman. Solo hay voces graves, plomizas. ¿Y si se confabulan médicos y pacientes y arrasan conmigo y me aplanan? Uno de blanco me guiña el ojo.

¿Para qué me trajo acá? ¿Para ver cuánto resisto? ¿Para asquear a la ninfómana? Tomo la sopa de cabello de ángel en una mesa redonda y, al terminar, cambian los platos por un juego de cartas que parece divertirnos a todos; un compañero de equipo pretende pasarme una seña y me mira con ojos de falo. Por la noche oigo ladridos que traspasan la muralla como algo que pertenece a otra vida. Me escurro en las sábanas, cuántos de los que durmieron en ellas ahora están

muertos. Aparece él. Su maxilar en mi boca. Su ojo en mi culo. El corazón de su pija en mí. Quiero borrarlo con una fogata, pero no puedo, y me dejo llevar por el bálsamo del deseo. Qué dolor, ni me acuerdo de mi hijo.

HASTA QUE NO ME DIGAS LO QUE PASÓ voy a seguir escapándome, no voy a querer tocarte, voy a estar en estado de alerta. Que hable bajito, que se calle, que acá todavía no me conocen. Silencio incómodo. El terapeuta nos deja sufrir. Su marido dice que está en permanente estado de alerta, ¿usted cómo lo interpreta? Ninguno de los dos sabe qué hacer con su cuerpo sentados al lado, los brazos colgados, asexuados, amigos. Se supone que nos dieron este intervalo curativo y una baby-sitter en el cuarto contiguo cantándole arrorrós al bebé para que resolvamos nuestros problemas conyugales, para que intentemos abrir nuestras heridas, dice el profesional, y me río y pido perdón, pero es que el bebé se debe estar pegando flor de embole con las canciones de cuna. Acá estoy en este ridículo consultorio que da al parque con su pasto artificial, esta bandeja con té, esta música relajante de fondo. Música para pensar, dice el profesional, música para darse la cabeza contra la pared. Mi marido tiene la cara de grana, es un toro, se me viene al humo. Mi marido tiene una pija mil veces más grande que el otro, pero no sabe usarla. Tampoco la lengua. Escucho una serie de consejos que dice el profesional, pero creo fervientemente que vamos a divorciarnos por el mal uso de su lengua. Lengua de canario. Nunca un lengüetazo, un chupón, una lamida. Lengua dócil que no sabe ahorcar. No sé cómo interpreto la presencia de otro, no sé qué quieren hacerme decir. Lo veo siendo un marido infeliz y me meo y te vas a la reputa madre que te parió, ando caliente desde que te conocí, ando neurótica, engualichada, ¿Qué tenés?, dice mi marido. ¿Qué tenés? ¿Estás con una simbiosis de qué? Neurosis, le digo. ¿Y qué tienen que ver acá tus neurosis? Eso tiene todo el mundo.

Pusiste una mirada rara, ¿en qué estás pensando? Se me cruzó una imagen, pido perdón, pero esa imagen es un caballo azabache con ojos saltones, fuera de órbita, y me aplasta y me arquea. Pido perdón. Nunca sos normal, nunca estás relajada, ataca, va a decir «cool» pero se frena justo. No sé qué cosa le digo, es que no me cogés, bueno, así no me dan ganas, me escapo, ponés mala cara todo el día. El profesional dice «tolerancia» y «respeto por el otro», lo escuchamos como debajo del agua. Estos putos republicanos del espíritu. ¿Tole qué? Me vuelve a preguntar por el estado de alerta de mi marido, no respondo, me quieren hacer cantar. Controlo mi sudoración, mi pulso cardíaco, no quiero que nada me delate. ¿Por qué cree que se siente en peligro? Qué pregunta capciosa. ¿Qué cree que causa ese estado? Ya sé todo, lo puedo recitar con los ojos cerrados, está mal la sombra de otro proyectada, me aburro, cabeceo. El bebé que ya no es tan bebé llora al lado, la baby-sitter no tiene la menor idea de cómo calmarlo, se debería haber dedicado a otra cosa. Te voy a reventar a palazos, dije. ¿Cómo es que llegué a decirle te voy a reventar a palazos? Llamá a la policía, no te asustes. No, no la llares. Demandame por falta de cuidados, eso que ves en las películas yanquis de

madres desequilibradas que al final no se pegan un tiro ni nada y se integran a la familia y cocinan galletas de chocolate los domingos. Sos una negligente, dice. Yo me esperaba mucho más. ¿Querés que probemos con terapia de familia y lo incluyamos al bebi?, boludeo. Sos infantil, dice, frente a la mirada de aprobación contenida del psicólogo, se gustan. Sos un marido de mierda, pensé, y lo abracé fuerte. Pasé por sobre el profesional que anotaba algo críptico y seguramente muy interesante y lo apreté, lo apreté tanto, le estrujé las tripas. Lo toqueteé esperando que no me rechazara, que no me tirase. No lo hizo, mi santo.

SE FUE Y ME QUEDÉ MIRANDO EL PARQUE como si fuera un acantilado. Se fue y se llevó a su bebé. Tuve la sensación de haberlo arruinado todo. Un soplo de irracionalidad había quemado mi existencia y me encontraba en medio de la nada con un arma cargada entre manos. Tenía unas ganas de disparar que no me aguantaba. Pero qué quilombo hacen esos pájaros de mierda. Afuera, la naturaleza seguía su rito del atardecer. Algunos salían del comedor con una mandarina o un racimo de uvas a verlos migrar de continente con sus binoculares; los conmueve el aleteo, ese movimiento repetitivo. Al pasar, me sonreían y después, al comprender, huían. Me sentía voluptuosa caminando por ese pasillo, las tetas por encima del cuello, los ojos aplanados, el pelo lacio, una sonrisa de ganadora y el arma bien alta. El profesional me seguía de cerca, lo veía en las puertas vidriadas, sus zapatos pegados a mí como chicle. Se quedó preocupado por mi comportamiento en la consulta conyugal. Corrió unos pasos y me pidió agitado que lo acompañara a su oficina, ¿puede acompañarme?, pero, al ver que tenía la mano en forma de revólver, el dedo índice gatillando, se echó hacia atrás. Cagón. Luego, recuperó el aliento y me instigó a pasar; detrás de mí, cerró con llave. Me permito decirle esto sabiendo que es una intrusión en su vida privada, arrancó todavía jadeante y bostecé. Estaba tentado de pedirme que me cortara la mano, pero sabía que era ilegal. Odio tener que perder el tiempo con repetidores de obviedades. Incluida yo. Veo detrás del cortinado beige que un grupo de internos juega a correr unos patos. Me irrita. Dice que mi marido se siente impotente frente a la figura del desconocido, como una topadora, que se vuelve viciado el aire de mi casa, que prefiere que me quede todavía unas semanas más, todo eso hablaron a mis espaldas: es oficial, estoy en penitencia. Quiero que termine de una vez el día, que empiece la noche, que me dejen salir a enfrentar animales. Al final, dije que me sentía responsable, que iba a repensar mi rol de esposa y madre, que era útil quedarme un tiempo más, y dejé que mi mano volviera a tener cinco dedos. Intentó convencerme de declarar, pero vio mi mirada y enseguida abrió la puerta. Salí al pasillo y corrí hasta mi habitación. El vapor de las duchas me dejó ciega. Llamé a mi esposo. Usted está comunicado con el teléfono de la familia X; por favor, deje un mensaje después de la señal y lo llamaremos a la brevedad. Muchas gracias. Siempre lo mismo, cómo no se agotan, cómo pueden ser tan parecidos todos, hasta en una manada de cabras uno las distingue por la manera de levantar la mandíbula. Corrí por el pasillo, salí por un atajo y salté sobre los carteles de peligro de derrumbe. Caminé durante horas sin cruzar a nadie. Qué estarán haciendo padre e hijo. Los imagino desnuditos en la pileta bajo un chorro bien caliente mirándose los pitos. Los veo jugar con la manguera, dibujar letras en el aire. Están agachados en la huerta arrancando verduras, comiendo zanahorias de la tierra. Después tomarán el postre helado bajo la luna, el padre le cuenta el nombre de cada estrella. El hijo señala. El papá hamaca al niño, el niño hamaca al

papá. Los veo olvidándose paulatinamente de mí esta noche y, lentamente, la que sigue también.

Los Dos ESTUVIERON CON LOS BOLSOS y las viandas en la vereda de enfrente, parece que mejor dejar al niño fuera de estos lugares. Bajé a desayunar de madrugada y me encontré, por primera vez, con el comedor vacío. Después crucé con el pelo mojado y la malla apretándome las tetas y les sonreí. Es un día importante, dijo, y subimos al autito descapotable todo terreno que le dio un tío preocupado por «nuestra situación». Durante algunos kilómetros, y hasta que pasamos el peaje, fuimos felices con la cara al viento cantando un hit ochentoso en la radio y haciéndonos masajitos en el cuello. La vida fluye. Y también, durante algunos kilómetros hacia el sur, fuimos una familia tipo, madre-padre-hijo, que lleva protector solar número 25, termo y abrigo para el atardecer.

Pasamos los controles policiales con éxito y atravesamos un vivero de pinos altos y eucaliptus; después, la ruta empezó a oler a sal, estacionamos y mi esposo comenzó a preparar al nene para su primer contacto con el mar.

Me miré en el espejito retrovisor y no vi ninguna cosa rara, mi novio, a veces me gustaba llamarlo novio, me hablaba, no sé qué me contaba de cuando era chico, me sentí una buena mujer escuchándolo, diciendo atenta, ajá, ajá. Bajamos del baúl la sombrilla a lunares, las vianditas y el termo, todo lo tenía preparado, y el bebé señaló enloquecido hacia el mar. Buen signo, no te olvides de filmar el momento preciso en que entra, dijo mi hombre, tan atraído como él por ese celacanto que avanza y retrocede. Estamos en el trópico. En la arena saltamos quemándonos y riendo los tres y vi que una anciana en malla enteriza y encremada sonreía desde una carpa, satisfecha de ver a una familia unida. Todo iba bien. El banderín celeste anunciaba que el mar estaba calmo, abajo estaban el de «dudoso», «peligroso», «prohibido bañarse» y «niño extraviado». Algunos dormían en improvisadas hamacas colgadas con hilos de colores, otros se bronceaban desnudos. Uno me llamó la atención, estaba tan rojo que sus rasgos se diluían detrás de esa piel bordó. Había muchos bebés corriendo en círculo, robando los zapatos de la gente, armando remolinos de arena; el mío se entregó al clan y enseguida fueron una manada de bebitos sueltos. Mi esposo me pidió que le pasara bronceador por las piernas y se acostó. Un segundo después ya no me respondió. No quise cruzar mirada con ninguna de las que tenían un libro abierto buscando a los costados con qué distraerse, no quise estar bajo la vigilancia de nadie y también me tiré a carbonizarme mientras oía de fondo el alarido de los indios.

Quizá dormité unos segundos, quién sabe, la cuestión es que cuando me di vuelta en la incómoda reposera de plástico noté que mi marido, completamente dormido, estaba erecto como nunca antes. Y me lo quedé mirando, pasmada, pero

su cara no daba signos, no podía adivinar de dónde venía esa erección, y me perturbé porque de algún lado venía ese deseo claramente no provocado por mí, echada como un flan brulé a su lado. Y fue ahí, me parece a mí, por lo que recuerdo, que empezó todo. Lo sacudí un poco, él dice que mucho, y levanté su malla. Y la señora de enteriza me llamó la atención sobre que había chicos, que era una playa familiar y demás. Y mi marido seguía muerto pero esa cosa ahí demasiado viva me empezaba a obnubilar y me pareció que me ocultaba algo, estaba celosa de su sueño y quise ver más, correr el cortinado y grité ¡despertate ya mismo!, ¡explicame lo que está pasando!, y ahí me miró y me dijo loca, y yo le di un golpe seco en el pecho y la nube de niños envueltos en arena se detuvo y, como los chicos exageran, se pusieron a llorar a los gritos como si compitieran entre ellos por quién hacía el momento más patético. Nosotros no éramos sus padres, así que, como los chicos son hipersensibles, las madres corrieron a agarrarlos como si estuvieran presenciando una escena de explícito sexo violento y los envolvieron en sus toallones estridentes tapándoles ojos y orejas mientras un grupo de personas muy comprometidas con el caso le advertía al guardavidas del balneario, que al intervenir en este asunto encontraba su minuto para sentirse necesario. Mi esposo, recién levantado, no me defendió para nada, me dejó con los leones, con los agravios, con la sarta de obscenidades que dicen siempre los predicadores, y se llevó al chiquito con la nariz negra escupiendo piedritas. Y me dejó, el muy cobarde, con todas las miradas sobre mí, no asumió ninguna, ni siquiera mirándome él. A esa altura, mi esposo ya no la tenía parada, ni siquiera parecía un hombre. Nuestro auto iba en completo silencio justo sobre las líneas blancas cuando nos dimos cuenta de que no lo habíamos llevado a que conociera el mar.

TUVE QUE REVIVIR ESTA ESCENA MENTALMENTE, es lo que queda, la evasión, porque al menos tiempo acá tengo, la noche en la que yo iba y venía por los ventanales con un encendedor primero, con un candelabro de siete brazos, después, iba y venía siguiendo su sombra. Prendía y apagaba sucesivamente los veladores para ver si se iba o se quedaba, si era de los que resisten las tempestades.

Mi esposo dormía con el celular en el pecho, ni piensa en las radiaciones. Mi bebé se caía de sueño pero resistía yendo a los tumbos por la casa, sostenido por los cortinados y las mesas ratonas de otro siglo, tirando todo lo que encontraba, ceniceros, cubiertos, se mantenía en vela, quizá para que no me tenga otro que no sea papá. Di muchas vueltas hasta que logré meterlo en la cuna, frenar sus alaridos, pasar las páginas de alguno de sus libritos con astronautas y capitanes de barcos y convencerlo de que lo mejor que puede hacer uno por la noche es dormir.

Mamá miente. Cuando me acerqué a la puerta apareció mi esposo en calzoncillos cuadriculados buscando un pucho. Pero lindo, todos los hombres son lindos semidormidos, algo se les afloja en el triángulo entre los ojos, la nariz y la boca, algo los hace menos hombres. ¿Adónde vas? A ningún lado, afuera, dije. Y las dobles respuestas nunca son efectivas. ¿Vas afuera? ¿A qué? A nada, a tirar la basura, digo y debería inventar algo más creativo la próxima. Dejá, yo la tiro mañana. Me caga cuando se hace el bueno. No tengo otra opción que quedarme con las ganas, clavarme un almohadón entre las piernas. O escaparme ni bien se duerma, saltar la reja. Puso la pava, agregó leña y chasqueó los dedos, no parecía muy dispuesto a irse. Esperé a que hirviera sin saber por dónde andaba el otro, ya no escuchaba el titititit del anillo de su mano pasando por las rejas, ya no sentía la respiración detrás de las ventanas. Mi marido me miraba con los ojos hechos una rayita mientras picaba galletas del nene. Se hacía el normal, me obstruía el paso, me bloqueaba. Yo hice de todo, fui a verificar que el bebé no se hubiera ahorcado con el piolín del conejo a ruedas, vacié los platos, limpié la mesada de la cocina. Di unas pitadas a su cigarro negro marcado por sus labios sentada en la ventana abierta. Dentro dormía el hijo de otra. Parir, ¿para qué?, pensé mirando la maleza que empezaba a despejarse. Acodado en la chimenea jugaba solo al ajedrez y, al mover un peón, estuvo a punto de decir algo, agrandemos la familia o démosle un hermanito para que no se aburra, pero en cambio cambió la pieza sobre el tablero y dijo que se retiraba. Que hasta qué hora me iba a quedar dando vueltas y dije ya voy, ya llego, vos andá, y me dio un piquito, pero cada vez más de lejos, como dos estatuas de ángeles. Y cuando estuve por salir me llamó desde el baño. Me dijo que tuviera cuidado, de qué, dije sin entrar, sin permitirle que me viera, vos sabés, cuidate, y se fue directo a dormir. No llegué a salir que lo vi y me olvidé de

todo lo anterior, de la casa que humeaba, del rusito dormido con los ojos abiertos, de mis días previos de ardor. Lo devoré, porque para eso están las noches, hijo, y para recordar despacio.

LA VIDA NO FLUYE, pensé mientras me sentenciaban a una serie de interconsultas con diversos profesionales como consecuencia de la funesta salida al mar. Uno de los ejercicios consistía en aislarme en un cuarto con un espejo y mirarme durante horas para, al final, poder decir qué veo. Pero no es necesario que malgasten energía, no necesito mi reflejo para saber que soy una basura. Para qué. Por qué no cerré el pico. Olvidate. ¿Por qué dice que es una basura? No una basura, pensé, me expresé mal, una conchuda. ¿Es lo que usted piensa de usted o lo que piensa que piensan los demás? Yo ya casi no respondo.

Yo ya sé qué soy. Afuera se sentía un fuerte olor a pollo condimentado, después verían un film de «relaciones humanas» para terminar en cine debate. ¿Extraña a los suyos?, preguntaron, y yo tenía la cabeza dentro de un tanque de agua y veía a mi hijo con cara de niño, los cachetes sucios, el culo rojo y el pelo rubio. ¿Extraña su tierra?, insistieron. Un polaquito de campo. Un rubicundo.

Un exiliado como yo. Y siguieron haciendo ruido con palabras que se disecaban. Hablaban apenas turnándose, en mi cabeza sonaba English Suite 01. ¿Por qué no llegaron al mar?, insistían. Es simbólico, ¿no le parece? ¿Por qué no se animaron a concretar?, y yo me vi con mi mallita, mis dos puntos rosados al viento, la vagina arenosa, los ojos melancólicos de mis tres años. Tendrá que ver con eso, pensé, pero no les di ni un dato, si quieren analizarme, que lo hagan sin pistas. Tengo tres años, me escapo de mi familia, en un descuido de mamá pata y papá pato, una discusión que sube de tono, me voy, me pierdo en esa agüita de la orilla que parece saliva. De pronto, no veo a nadie conocido, son todas mallas de colores y bocas que se mueven, pero nadie sabe quién soy. Me quedo toda la tarde sola, yendo de carpa en carpa, comiendo lo que encuentro, restos de facturas, dejándome acariciar la cabeza por hombres que leen el diario con los pies hundidos en la tierra pantanosa, derribando castillos ajenos, escalando la escollera. Hasta que un grandote me preguntó por mis padres y el nombre y no se me ocurrió entonces que tenía que mentir: me agarró, me subió a los hombros y empezaron a aplaudir. Yo soy una monita que se pasea trepada a un bañero y alrededor plap, plap, plap, ¿qué quieren? El bañero tatuado con una flor me sonrío desde sus dos metros y sus dientes largos. Yo soy chiquita, pero igual me gusta que me frote la malla en la nuca mientras corren a mi alrededor. Siguen arengando y yo tiro la cabeza hacia atrás y en el galope solo veo celeste y soy una estrella rusa a la que celebran en el circo. Soy una niña consagrada. Ya cambiaron la bandera a «niño extraviado», debería haber una para «niño fugado». Al final del muelle veo dos figuras que corren y tropiezan, veo dos elefantes estirando la trompa para aspirarme. Son ellos. Me aferro con las piernas al cuello de mi salvador, pero la elefanta me succiona y me abraza. Todos festejan el reencuentro, en el altoparlante

agradecen la solidaridad de la gente, se oye el murmullo de aprobación.

Estoy tentada de decir ¡esperen, sigan buscando, esa no es mi familia!, pero, otra vez, eso se me ocurre recién ahora. Los profesionales me miran. ¿Qué piensa? ¿Se le ocurre algo? Ahora veo que mi bebé quiso sentarse en la lona de unos desconocidos, quedarse calladito y, cuando levantaran campamento, irse con ellos, seguir el tren de sus vidas. Damos por terminada la sesión, dijeron al unísono, y yo no abrí la boca. Salí con resaca. Iba a los tumbos, apenas sostenida por la pared del corredor. Esas dos cotorras me habían dado mazazos en la cabeza. ¿Quién soy?, largué y me reí. ¿Quién?, volví a decirme riendo más fuerte, y vi que era esa madre que acaba delante de su hijo, esa hijita que vio a su padre. Varios internos me chistaron, ¡dejá dormir en paz! Salí como pude y fui dando vueltas hasta el centro del parque. Me tiré en el pasto.

El paisaje y sus alrededores eran negrísimos. Había algo en el aire, una atmósfera de madrugada, de niñez, cuando dormida me vestían para salir de viaje, los zapatos al revés para corregir las piernas arqueadas. Esa noche vi el cielo que hubo cuando sobre los hombros de un grandote estaba perdida y era inencontrable.

ME DESPERTÉ y estaba dentro de mi bosque. Noté, como le ocurriría a alguien que de pronto se encuentra con que le falta un brazo o un ojo, que ya no siento el amor de mi hijo. Salí de la habitación húmeda buscando claridad, pero afuera llovía. Oí grititos de animales y la sensación de bosque se hizo mayor. Pensé que ver al ciervo, y que el ciervo me mirara, podía ayudarme, y salí a buscarlo. Pero no encontré sus cuernos sino enfermeras. Caminé por el establecimiento sin sentimientos. Caminé llevándome por delante una puerta y una escalera.

Al llegar a un lugar, me sentaron y me vendaron los ojos.

No sé qué hacía sentada, no sé por qué los ojos así, pero qué podía importar si, todavía ardiendo, no sentía su amor. Alguien me mareó contando, ¡uno, dos, tres!, y me soltaron dejando en mi mano algo como una aguja. La gente me iba palpando. Yo no supe si defenderme o entender que todo, incluso el desamor por mi bebé, era un sueño. Los gritos de festejo me guiaban, frío, frío, tibio, caliente, caliente, ¡se quemó!, y parece que mi aguja dio con la piñata porque algo explotó y aplaudieron. Yo seguí vendada, me decían que ya podía ver pero yo quería esa oscuridad placentera, hasta que la impaciencia ajena me desvendó. Serpentina, carteles de colores, regalos y yo cubierta de papel picado. «Te deseamos lo mejor en esta vida que comienza». Me dieron cartas de amor y amuletos y me fueron llevando. Me iba. Era el fin. Pero para mí era el comienzo porque lo lúgubre y espinoso está ahí. Abrieron la puerta principal. Allí estaban. El padre vestido de fiesta, el hijo de la mano vestido de fútbol. Mi caramelito ácido, mi ranita saltarina. «Bienvenida a nosotros». Me dejaron que avanzara hacia ellos mientras el resto se borraba detrás. Mi esposo y su hijo.

Nos abrazamos los tres, el bebé ya caminaba, tenía más dientes, más pelo y había ampliado su vocabulario a coing coing y taca taca. Mi esposo dijo un chiste para alivianar la situación, ya estás afuera, ahora vamos a poder vivir en paz. Y me saludaron como dándome a entender que estaba lista, que tenía el diploma, que me fuera a vivir otra vez. Se detuvo al borde del camino y, sobre la orilla de un río que nunca vi, me dijo cerrá los ojos, y otra vez dejé de ver. El nene no podía más de felicidad y se agitaba ansioso. Mi esposo apretó un botoncito y el techo se abrió como un pavo real. Yo me quedé y ellos bajaron a ver cómo se veía. Loco de contento, mi hijo alzó las manos y las arrastró por el viento, le tiró piedras al río.

Yo le dije que no lo hiciera, que era peligroso, que el viento podía llevárselo, pero no me hizo caso. Me quejé ante mi marido, pero nada. Así recorrimos los kilómetros que separan mi casa de campo de aquel otro lugar, ya caído en la apatía de las cosas pasadas. Me preguntaron cómo estaba, si había hecho amigos, si les

había traído algún regalo. La cabeza se me volaba pero mi marido aceleró para que nos deleitáramos más. Después entramos en el pueblo y nos escoltaron como frente al altar. Allí estaba todo existiendo de nuevo: los tractores, los cobertizos, los vecinos fumando en sus puertas. Entré en mi casa, todo relucía, había cambios, un microondas con la hora titilando, un mantel bordado con flores de pétalos grandes, un nuevo teléfono, ahora inalámbrico, con anotador. Me senté en el sillón frente a la chimenea. Los movimientos de ellos eran halos de luz. El reflejo del primer cuchillo con el que soñé volvió a mi mano. Si en vez de penitencia hubiese sido una internación, si en vez de casa de reposo hubiese sido un manicomio en serio, no tendría este facón en mi mano. Salí espantada, la puerta de vidrio que había atravesado ahora traía mosquitero. La abrí y corrí a buscarlo, necesitaba encontrarme con la punta de sus cuernos. Ciervo mío, ciervito de mi corazón. Ciervo, ojalá estés.

LA CASA ESTABA BIEN DECORADA, podía estar orgullosa de mí, banderines de los autitos chocadores, la mesa con los platitos con comida de celebración, un souvenir para cada invitado, el homenajeadito de punta en blanco. Colores estridentes, música, todos los signos de festejo estaban ahí. Mi pichoncito ya tiene dos años y en mi mente sigo pujando, que ahí viene, que ya está, que ya se le ve la cabecita. Para soplar, mi esposo se puso detrás de mí y varias cámaras, apunten. Allí estuvimos para la eternidad de la foto, estampados, amurallados. Después, el nene, porque ya no es más bebé, decían, escupió la torta de banana y chocolate y se escapó de mí. Lo corrí, lo derribé, lo besé, lo olí, se volvió a escapar, y los hijos de los vecinos jugaron a las escondidas, la mancha y uno, dos, tres, cigarrillo 43, porque acá los juegos no se modernizan. Yo me serví el fondo de un vinito del día anterior, lo agité y me paseé por el cumple como cualquier anfitriona, con el pecho ungido. Las otras madres me daban el visto bueno, de sus dientes colgaban hilitos de banana, todo salía de maravilla. Terminé el vaso en la hamaca colgante y me serví otro, un fondito nomás, y después otro y brindé por mí, por el cumpleaños que pude organizar. Y no sé por qué fijé la mirada en un montículo de tierra. Al principio no entendí. Me quedé tonta mirando la tierra como uno podría mirar las estrellas, las galaxias, los satélites, imágenes de lo que pasó hace millones de años, el pasado mirado desde el presente. Después se me vino el perro encima y me hincó el diente. Allí estaba el pobre Bloodie. Allí lo habíamos puesto con mi marido, pero recién al mediodía, cuando ya tenía los ojos llenos de bichos. Así que pasó toda la noche con el disparo y sin entierro. Las vísceras salidas. Tan muerto quedó que ni ladró un último aullido. Y mientras veía sus restos escuché la detonación. Los chicos pasaban sobre su improvisada tumba cantando y riendo de la mano. Y habrá sido eso, o el vinito rancio, o las bocas embadurnadas de banana, pero enseguida pegué un portazo y me encerré. Mátense todos. Como era costumbre, tocó a mi puerta. Amor, reina, gorda, mami, preciosura, mi chúcarita, decía, ya no sé cuántos nombres tuve. Y yo nada. ¿Estás bien? Y yo nada. Vení que se están yendo todos los invitados, no lo arruines. ¿Dónde están los souvenirs? Y yo, matate, amor. Y a mí me pareció que Bloodie ladraba, que gruñía detrás de la puerta reclamándome haberlo asesinado. Abrí de golpe y salí, crucé el comedor donde ya empezaban los besos de despedida, las búsquedas de abrigo perdidos, los llantos de los nenes que no se quieren ir y me subí al descapotable. Aceleré, no sé si puse primera o tercera. ¿Adónde vas? ¿Estás loca? No tenés el permiso, oí ya lejos. Es tuyo, te lo regalo, te lo doy envuelto en papel de seda, vos te lo merecés más que yo. Te lo doy. A nuestro hijo, dije, mientras salía la gente a ver qué pasa, rumoreando que estaba sacada de nuevo. Más tranquilas, más ovejas, más gallinas aplastadas en el asfalto, más molinos en desuso, más botes hundidos en los lagos, más chimeneas largando negro, más corrales hasta que paré. Salté y entré. En la ventana estaba su princesa. En la casa,

nada. Ni él ni su mujer. Ni rastro de ninguno. ¿Habrían abandonado a su hija especial? Entré en todas las habitaciones, miré la cama en la que cogen, miré su baño, su cepillo de dientes, miré todo lo que mira él desde que se levanta, me desplomé en su silloncito bordado del living. Arriba la hija gemía. Abajo el tic tac de un reloj de pie. Me quedé dormida y soñé con el sonido ahuecado y dulce de un cuerno, con su espalda acostada, con mi obsesión, hasta que oí unas risitas. Allí se acercaban por el sendero con canastas rebalsando de hongos. ¿Yo era ya historia pasada?

Salí a esperarlos. La mujer me miró horrorizada. La mandó con un gesto a que subiera con la nena y me sacó del brazo. Caminamos cincuenta metros, o tal vez más.

Frente a frente, no dijimos nada, qué asco hablar. Nos besamos. Vi sus facciones transformadas; tal vez mirara alguna de mis flores de vidrio y eso lo desconcentrara.

Mi lengua en su lengua fue un calmante, yo sabía que era por eso, para eso, que me estaba besando. Fue tan poderoso ese gusto a sangre salada en mi boca, esa suspensión de la muerte en seco. Entonces llegó mi marido en una motocicleta que le quedaba chica y lo hacía ver como de catorce. Mis dos toros, mis caballotes, mis peones juntos. Entre hombres se entendieron con señas y se fueron solos campo abierto, se detuvieron en un punto donde yo no podía escuchar. Vi la sombra de los dos, el relieve de esos cuerpos enfrentados. En la ventanita estaban madre e hija, una más blanca que la otra. Allí los observé listos para el duelo, pero después todo se calmó y fue como si se tratara de un reencuentro entre hermanos hablando de la infancia en la casa familiar, de cómo saldar las deudas de sus padres muertos. Mientras anochecía sobre sus cabezas, sus cuerpos se iban ennegreciendo. Caía sobre ellos una lluvia fina y constante. Hablaban mientras mi vida iba y venía. No sé qué decían, ya no levantaban la voz, parecía que se comprendían por la manera de moverse hacia los costados, como rezando, de afirmar con un leve movimiento de cabeza. Uno de ellos bostezó. El otro rió. Se habían puesto de acuerdo. La negrura siamesa se despegó y uno avanzó hacia mí. Temblé, cuál sería. Qué sería de mi vida, en qué hogar, cómo me iba a llamar, quién se había decidido por mí. Tosió y supe que era mi marido, el más fiel.

Fuimos hasta el auto sin techo, en silencio. Un silencio más callado que todos los vividos. En el viaje bajo la lluvia descubrí una hilera de cipreses, ¿es nueva?, pregunté.

Siempre estuvo ahí, dijo. No se detuvo en la puerta de casa pero pude ver que la fiesta había terminado por unos globos azules que volaban en el parque. ¿El bebé duerme dentro? Ya no es más un bebé, dijo. Pero yo entendí, tu bebé. Entramos al bosque marcando la tierra con las ruedas. Había pocos animales despiertos. El ciervo no aparecía y en cambio estaba yo. Detuvo el motor, se aflojó, largó un aire retenido demasiado tiempo. Bueno..., ¿qué quieres hacer? Me esperaba cualquier cosa menos una pregunta. Pensé que el resultado era positivo o negativo, que me diría cuánto tiempo me quedaba, en semanas, en días. Pensé que lloraría. Pero una pregunta, no.

¿Qué decís? Pero no pude decir nada, pobre. E hizo una pausa en la que toda mi vida fue un silbido agudo. El bosque eran árboles como tigres alzados. No voy a poder olvidar, dijo, y por primera vez fue solemne. Silencio, más ahogado que el anterior. Un zumbido agarrado a mis oídos cayó con la velocidad de un pájaro muerto. No se podía hacer nada después de esa mirada, qué me toca agregar ahora. Cuando vio que no iba a dar batalla, dijo, prendiendo un pucho, además, ellos están esperando un hijo. Bueno, dos, porque son mellicitos. Y, aunque intentamos ponernos serios, nos tentamos de risa, no sé de qué, de la palabra «mellicitos». ¿Y si tenemos uno nosotros?

¿Otro hijo?, preguntó ahogado en una tos. Y volvimos a estallar de risa. Un hijo más, nosotros. Ahí estuvimos los dos por última vez riendo a carcajadas como un matrimonio feliz. Bajé sin abrir la puerta, era un modelo práctico para separarse. Él dio media vuelta y me vio perderme entre matorrales. El primer momento fue puro dolor. Ese tipo de dolor que no se comparte ni con uno mismo. Estuve de luto mucho tiempo, pero en un momento tuve, como la viuda cuando pone la llave en la puerta de su casa, por primera vez, como cuando cena sin hablar, por primera vez, como la viuda cuando se acuesta sola, por primera vez, una tristeza excitante, salvaje.